

RESPIRADEROS

Historias de resistencia
LGTBI en Vitoria-Gasteiz



RESPIRADEROS

Historias de resistencia
LGTBI en Vitoria-Gasteiz

RESPIRADEROS

Historias de resistencia LGTBI en Vitoria-Gasteiz

Edición: Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, Departamento de Alcaldía y Relaciones Institucionales, Servicio de Igualdad

☎ 945 161 1345

✉ igualdad.adm@vitoria-gasteiz.org

🌐 www.vitoria-gasteiz.org/igualdad
www.vitoria-gasteiz.org/desirakplazara

🐦 @VG_berdintasuna

Coordinación: Asociación Histeria

Redacción: Pikara Magazine

Colaboración: Ikusgune. Observatorio contra la LGTBI+fobia de Vitoria-Gasteiz

Ilustraciones: Susanna Martín

Diseño y maquetación: La Debacle

Traducción: Alaitz Andreu

Impresión: Héctor Soluciones Gráficas

Depósito legal: VI 789-2021

Fecha: Diciembre de 2021



La licencia Creative Commons, Reconocimiento – CompartirIgual (by-sa) se aplica **exclusivamente a los textos**. Permite su uso comercial y el de las posibles obras derivadas, cuya distribución debe hacerse con una licencia igual a la que regula la obra original.
<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/es/>

Tener cabida

A quienes lo sois; ¿os habéis parado a pensar alguna vez por qué sois mujeres, hombres o heterosexuales? ¿Os habéis preguntado en qué momento descubristeis que lo erais? Y, más allá de lo que *sois*, ¿os habéis cuestionado lo que *hacéis* con vuestro género y con vuestro deseo?

La orientación sexual y la identidad de género no compete exclusivamente a lesbianas, gais, bisexuales, transgéneros e intersexuales, porque nuestro modelo de organización social —el patriarcado— impone la heterosexualidad y el binarismo de género a toda la ciudadanía. Por eso, promover la diversidad sexual y de género y garantizar los derechos de las personas LGTBI supone ampliar las opciones, las oportunidades y las libertades para todo el mundo.

En lo que llevamos de año, de enero a noviembre de 2021, Ikusgune. Observatorio contra la LGTBI+fobia de Vitoria-Gasteiz ha reportado 25 incidencias, nueve de las cuales son agresiones físicas, principalmente contra personas trans. Combatir la violencia y las desigualdades, no solo las basadas en el género, sino en el lugar de origen, la situación administrativa, la discapacidad o la edad, permitirá que personas como las que protagonizan estas páginas tengan cabida en nuestro municipio.

Esta publicación es una acción recogida en *Hara! Agenda para incorporar la diversidad sexual y de género en las políticas de Igualdad del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz*, documento de planificación que considera la diversidad como un valor y una riqueza que repercutirá en la calidad democrática del gobierno local y de nuestra sociedad.

Índice

Cartografías de la supervivencia LGTB	7
<i>La Poldet</i> o cómo hacer que suene La Pantoja en Hala Bedi.....	13
To. Del miedo al placer de ser bollera.....	21
Libérate y olvida tus problemas con Estrellas de la Noche.....	33
Las ganas de vivir de Bertha.....	49
Todos los infiernos de Fátima.....	55
Naia y la voluntad de reconocer su suerte	61
Somos Anitza.....	69



Cartografías de la supervivencia LGTB



En este libro vas a leer la historia de un jubilado viudo de 65 años y también las historias de una cuadrilla de estudiantes de entre 18 y 20 años. Hablan dos refugiadas por persecución de género y hablan dos jóvenes que, aunque nacidas en Álava, enfrentan racismo además de LGTBfobia por ser mestizas. La mayoría de las personas entrevistadas se sienten cómodas en las siglas LGTB, aunque varias transitan o han transitado entre algunas de esas letras y también hay quien sigue explorando su identidad con cada vez más matices y referentes. En este libro hay diversidad sexual y de género, claro, pero también hay diversidad racial, cultural, funcional, corporal y relacional, entre otras.

Vitoria-Gasteiz es el municipio de nacimiento o de acogida de todas ellas, y sus historias ayudan a trazar una cartografía de la ciudad, de sus rincones más hostiles y de sus respiraderos, que en algunos casos es compartida. Se repiten nombres como el Parque de la Florida, donde los gais van a conocer chicos, eso que antes se llamaba «hacer la carrera» y ahora se conoce con el préstamo del inglés *cruising*. Y se repiten también, tristemente, historias de palizas homófobas y tránsfobas en los parques.

En dos de las historias nos desplazamos unos kilómetros hasta un espacio más inesperado de violencia, en este caso institucional, la de la Unidad de Identidad de Género del Hospital de Cruces, en el que el abuso de poder y el cuestionamiento llevan bata blanca.

Tiene un lugar destacado en esta cartografía intergeneracional Hala Bedi Irratia, la radio libre que acompañó en la liberación de maricas y bolleras desde los años ochenta, tanto a quienes escuchaban desde casa como a quienes llevaban casetes grabados con sus discursos y canciones. También las acampadas de la Asamblea de Lesbianas de Álava (ALA) como momentos de subidón bollo que ponían a la provincia en el mapa del movimiento lesbofeminista de los noventa; el Moet y el Waslala, garitos de referencia para gais y lesbianas, respectivamente, y las Pollo Party, ahora que el ambiente está de capa caída. No puede faltar Súkubo, un hogar para algunas y un posible modelo de referencia para quienes no conocieron el espacio transfeminista autogestionado de la calle del Cubo. Ni la Comisión Antisida, protagonista en tiempos de muerte y estigma, y lugar de acogida treinta años después, cuando el VIH está invisibilizado en el discurso colectivo.

Hay varios hilos que ayudan a entretrejer historias aparentemente tan distintas. Uno es la necesidad de construir una familia elegida porque la biológica no siempre ofrece amor incondicional sino maltrato, silencio o rechazo. Ocurría en el tardofranquismo y en la Transición, cuando escuelas y familias ejercían un férreo adoctrinamiento patriarcal. Y ocurre en pleno siglo XXI, a veces con discursos más políticamente correctos pero que, aun así, calan hasta los huesos. La edad, la tradición cultural y el dogma religioso siguen sirviendo como pretexto para maltratar, rechazar o negar la identidad de hijos, hijas e hijes, pero queda claro que son excusas cuando comprobamos que otras personas mayores, migradas o religiosas son capaces de revisar sus prejuicios o, al menos, anteponer el amor a la incompreensión. En todas las historias emerge una familia elegida, la

que encontraron en el instituto, en la asamblea lesbofeminista, en el grupo de transformistas o en la asociación de apoyo a personas migradas y refugiadas.

Otra estrategia es el exilio, a veces forzado por una violencia extrema, a veces más o menos deseado, anhelante de encontrar lugares en los que respirar mejor, descubrir qué ocurre lejos de casa, cuando puedes ser lo que te dé la gana. Claro que nada tiene que ver el periplo de un vitoriano que se va en autoestop a Alemania en los setenta, el de una vitoriana en paro por la crisis económica que se busca la vida en Canarias o los de dos mujeres marroquíes que intentan encontrar su sitio en esta Europa fortaleza, que se afirma vanguardia de la libertad sexual pero que impone violencias institucionales y sociales a quienes huyen de la LGTBfobia.

La militancia es otra forma importante de resistencia, porque es donde muchas personas encuentran esa familia elegida o, al menos, espejos en los que mirarse y brazos abiertos. Pero también porque el activismo, ya sea participando en una organización determinada o haciendo pedagogía en el día a día, en las calles o en las redes sociales, sirve para canalizar el sufrimiento. Cuando nuestra identidad, nuestro cuerpo o nuestros deseos desafían las rígidas normas sexuales y de género, el simple hecho de ser quien eres obliga a hacer pedagogía constantemente: en casa, en el trabajo, en las calles, en clase, en el centro de menores o en el programa de protección internacional de personas refugiadas. Ese activismo forzado agota pero también supone una motivación para seguir viviendo, un motivo de orgullo. La mayoría de quienes protagonizan estas historias de vida sienten que están contribuyendo con sus resistencias

a airear armarios, a ampliar miradas, a activar conciencias, a que las personas de las siguientes generaciones encuentren menos piedras en el camino.

Y ese activismo, organizado y/o cotidiano, sigue reclamando cosas tan básicas como poder caminar tranquilamente por la calle. Poder ir de la mano, poder besarte con tu pareja o tu amante, poder vestir lo que te da la gana, poder expresarse sin disimular la pluma. Y sigue reclamando visibilidad, porque la invisibilidad es una forma de violencia simbólica que allana la exclusión, la precariedad, el aislamiento. Quien es invisible tal vez no conoce el miedo a una paliza, pero sí otra clase de miedo, el de asomarse a un abismo, a la nada, a la ausencia de referentes y de apoyos.

Otro hilo que entrelaza las historias es la resiliencia, esa fortaleza interior que ayuda a seguir caminando, y que a veces no se sabe muy bien de dónde nace pero otras veces sí (por ejemplo, del apoyo del grupo o de la maternidad). En todas las historias hay arrojo y desparpajo también cuando toca plantar cara al agresor. Hay color: hay uñas de fantasía, hay lentejuelas y plumas, hay pulseras arcoiris, hay mascarillas rosas, hay cabelleras rapadas y melenas afro. En la mayoría hay optimismo, hay espacio también para la alegría y el disfrute, para cantar por La Pantoja o bailar K-Pop en la calle, para encenderse con el ligoteo en la fiesta de ambiente, en el parque o por aplicación móvil. Pero también hay mucho cansancio, duelos, depresión, ataques de ansiedad, intentos de suicidio. A veces es difícil encontrar las ganas para seguir viviendo.

Este libro pone el foco en las estrategias de resistencia de personas a las que no se piensa como víctimas sino como

supervivientes de una sociedad patriarcal que impone la heterosexualidad y el binarismo de género. Pero a veces el empoderamiento y el orgullo son un privilegio, cuando no sabes si vas a poder comer o dormir bajo un techo mañana, cuando tu vida corre peligro, cuando a ser gay, lesbiana o trans le sumamos ser solicitante de asilo, superviviente de trata, convivir con un diagnóstico psiquiátrico o de discapacidad severa.

Todas las personas a las que se invitó a participar en este proyecto dijeron que sí, lo cual habla de la necesidad de contar y poner en valor nuestras propias historias. Pero, finalmente, también hay algunas ausencias. Personas que ya no están entre nosotras y personas que, en el último momento, no se sintieron con fuerzas para desnudarse ante unas entrevistadoras desconocidas y ante todas las ciudadanas y ciudadanos que leerán estas páginas.

Esperamos que sea un libro sanador, en primer lugar para quienes han decidido confiarnos sus historias y, en segundo lugar, para todas las personas LGTB que sobreviven a la discriminación o a la invisibilidad. También esperamos que sirva para que algo se revuelva dentro de quienes viven cómodamente instalados en las normas sexuales y de género.



LA POLDET O CÓMO HACER QUE SUENE LA PANTOJA EN HALA BEDI

Poldo ha formado parte de Gaytasuna, uno de los colectivos de personas LGTBQI+ más activos en Vitoria-Gasteiz. La visibilidad ha sido clave, en su caso, para resistir a la homofobia. Eso sí, entre batalla y batalla, siempre había tiempo para la música.

Poldo llegó al activismo por necesidad. Probablemente puedan arrancar así todas las historias de vida de los y las activistas LGTBQI+. Necesidad de visibilidad, de red de apoyo, de gritar, de llorar, de buscar alianzas y de tejer recuerdos compartidos, necesidad de pintar pancartas y de corear lemas. Sí, el activismo tiene mucho de hartura, pero también de desahogo, de calma, de seguridad.

Es un ejercicio de vete y ven, de toma y daca; repleto de pequeñas victorias y derrotas que suelen pasar desapercibidas. Sin embargo, en la historia de Poldo y de su colectivo, Gaytasuna, hay una acción que ninguno ha podido olvidar: la famosísima foto de dos blusas besándose, en 1997, justo debajo de la estatua de San Prudencio. El lema: «Está en nuestras raíces/Gure sustraietan dago». Los medios locales se hicieron eco de la noticia antes de que la mayoría de los y las vitorianas tuvieran tiempo de verlos por las calles. Los carteles fueron arrancados casi en el acto y Poldo recuerda alguna agresión verbal. Los protagonistas eran dos miembros del colectivo «que acaban de llegar a vivir a Vitoria. Eran menos conocidos y lo tenían más fácil. No se les ve la cara porque se estaban dando un beso, pero se les reconoce si sabes quiénes son». Recuerda también alguna manifestación en contra de las procesiones cristianas, pero tiene «mala memoria».

Las primeras manifestaciones del 28J de la ciudad las convocó el movimiento feminista. Ahí se conocieron «unos cuantos maricas» que tenían ganas de hacerse visibles. La primera reunión que convocaron se celebró en el local de la Asamblea de Mujeres de Álava, que estaba entonces en un piso en la calle Portal de Arriaga y, a partir de ahí, empezaron a reunirse con cierta asiduidad en el Moet —«como el champán»—, el bar que tenía César. Mención especial tendrá este «antro» más adelante porque ha sido escenario de grandes gestas y cientos de fiestas.

Gaytasuna, primero, se llamó COGAL (Colectivo de Gais de Álava), pero pronto cambió su nombre porque entendieron que era importante nombrarse en euskera. Al principio, no eran muchos: Daniel, Txerra, César, Fernando, Iván, Peio y

Poldo. Poco a poco empezaron a sumarse otros compañeros y, en solo unos meses, ya eran más de veinte maricas dando guerra por Vitoria-Gasteiz. Eso sí, «visibles no éramos muchos. Dos o tres, vaya. El resto estaban detrás». No era fácil. «Era una época muy complicada —insiste— y había mucha gente que no tenía la posibilidad de salir del armario de forma pública. No podían salir en medios ni hacer declaraciones. Podíamos hacerlo, aunque suene muy bruto, los que no teníamos nada que perder en aquel momento, los que ya habíamos salido del armario en nuestra familia y en nuestro entorno laboral».

Vitoria-Gasteiz es una ciudad pequeña, que alberga a un porcentaje altísimo de todas las personas que viven en la provincia. Es una ciudad con sus manías, como todas; con sus historias de rebeldía y sus hitos. Poldo recalca, en varias ocasiones a lo largo de la entrevista, en que la ciudad en la que empezó su militancia hace más de 20 años nada tenía que ver ni con Bilbao ni con Donosti que, por su propia idiosincrasia, siempre han tenido fama de ser más modernas. Pero una cosa es la fama y otra cosa es la historia: en Vitoria-Gasteiz, en 1994, se aprobó la unión personas del mismo sexo mucho antes de que en el Estado español se aprobase el matrimonio igualitario. Además, a pesar de ser una ciudad de provincias, la capital vasca vivió su propia movida en los años 80: «Hubo un auge muy bueno, una mezcla de juventud y cultura. No sé por qué, pero se generó una historia muy bonita de bares y gente. Aquel germen permitió que pudiéramos ser más visibles, aunque seguía siendo una ciudad provinciana en muchos sentidos», dice. Vale, no. No era una ciudad fácil para el incipiente movimiento LGTBQI+, pero sus protagonistas hicieron oídos sordos a las convenciones sociales y saltaron a las calles en busca de sus propios mapas.

Las demandas de entonces eran «visibilidad y visibilidad». Querían, claro, ser respetadas como maricas. Ahora cree, sin demasiado optimismo, que la agenda política que plantearon entonces ya está alcanzada pero, insiste, «en que era muy pequeñita». No está conforme, claro que no. Queda mucho por batallar, pero en los 80 lo que querían era salir a la calle con cierta normalidad: «La forma de militar entonces no serviría ahora. Ha cambiado todo mucho. No había ni ordenador, ni redes sociales».

Las demandas de entonces eran «visibilidad y visibilidad». Querían, claro, ser respetadas como maricas

Más adelante, una de las batallas más gordas que reconoce es la del matrimonio igualitario, que trajo también de la mano mucho debate interno. Eso sí, Poldo recuerda que el suyo era un grupo de «mucha discusión interna porque se creó un ambiente

muy majo». Uno de los temas más recurrentes tenía que ver con la propia denominación. Él siempre se ha sentido a gusto entre marica y maricón, como el resto del colectivo, a juzgar por la campaña que lanzaron en una ocasión: *No somos cafeteras, somos maricones*. Además, solían traer a activistas y teóricos de otros territorios que pudieran seguir alimentando la llama de sus discusiones. «Estuvo aquí Armand de Fluvià, que era un referente. Los de Barcelona fueron de los primeros en salir a las calles. Trajimos también a Boris Izaguirre; estuvo Leopoldo Alas Mínguez, un encanto de hombre». Discutían de todo, pero no recuerda ningún debate irresoluble: «¿Salir o no salir del armario? ¿Sacar o no sacar del armario a otros?». Eran muy distintas y, aunque a veces les daban ganas de «tirarse de los pelos», nunca lo hicieron porque eran amigas. Ningún debate fue tan acalorado como para que no bailasen juntas en El Moet.

La relación con otros colectivos

Entre el movimiento de lesbianas y el movimiento gay ha habido cierta tensión histórica, pero Poldo recuerda con cariño los años de trabajo conjunto. «Las lesbianas estaban organizadas en la Asamblea de Lesbianas de Álava (ALA). Eran hermanas, pero funcionaban por su cuenta. Trabajamos mano a mano en torno al 28J, para organizar algunas charlas. No había dificultades, la verdad. Había mucha necesidad de hacer cosas. Estábamos en el mismo barco a pesar de todo y se hizo muy buen trabajo». Cree que quizá hubo cierta tensión ideológica en algún momento, pero eso nunca dificultó el trabajo en común. La relación con las personas trans, sin embargo, era prácticamente inexistente. Reconoce que, aunque conocían a alguna, no llegaron a acercarse.

Tuvieron mucha relación con la Comisión Antisida de Álava. Era una relación muy «potente» porque, aunque el bicho «no pegó muy fuerte» perdieron a algunos compañeros: «Otros nos quedamos, con suerte, aquí». La Comisión les dejó durante un tiempo utilizar su local y trabajaron en varias campañas conjuntamente. Estuvieron también cerca de otros colectivos sociales. Quizá no de una manera muy estable, pero siempre que tuvieron ocasión arrimaron el hombro a otras causas que se reivindicaban en Vitoria-Gasteiz.

El bar de César estaba en Los Manteli, una calle pequeña del centro, cerca del Hospital de Santiago

Los hombros los arrimaban también en El Moet. Los hombros y lo que se podía, claro. Allí sonaba de todo: música de los 80, pop, mariconadas al uso como la copla. De todo, de

todo, de todo. Era un bar pequeño, que ahora se ha convertido en una sala de escape. Poldo ironiza: «Qué casualidad, ¿verdad?». El bar de César estaba en Los Manteli, una calle pequeñita del centro, cerca del Hospital de Santiago. «Al principio estuvo distribuido de otra forma, pero lo cambiaron con el tiempo. Era un antro, se podía fumar y estaba lleno de humo. César lo fue mejorando, cambió la barra, puso un extractor, un escenario más en condiciones, pero todo en formato muy reducido. En las fiestas estábamos como piojos en costura».

Entre parques, pluma, música y bailes, las maricas no han tenido más remedio que hacer un hueco a la violencia

En Vitoria-Gasteiz ha habido varios bares de ambiente, aunque no puede hablarse de una zona como tal. Poldo recuerda El Waslala o El Teorema. El bar estuvo abierto unos 20 años hasta que se cerró «por cosas de la vida». En aquel escenario, Poldo se convirtió en La Poldet. Este es

el nombre artístico que le puso César para sus espectáculos de travesti: «No había un discurso político después. Lo hacíamos porque nos apetecía, era divertido y nos gustaba ponernos un tacón. El trasfondo político quizá estaba más presente en torno al 28J, cuando reivindicábamos que somos lo que somos y hacemos lo que queremos». Hacían fiestas, más o menos, cada 15 días. La Poldet tuvo la «suerte» de acudir como artista invitada a una de las acampadas que organizaban los grupos de lesbianas, que se han convertido en leyenda: «Estaba muy bien montado. Era maravilloso ver a tantas mujeres trabajando y pasándolo bien. Se lo curraban muchísimo. Un curro de la hostia». Los gais de Vitoria-Gasteiz tenían otros espacios para encontrarse: el Parque de la Florida, por ejemplo, que ha sido tradicional-

mente un espacio de *cruising*. «Era un punto de encuentro» y lo debe seguir siendo.

Entre parques, pluma, música y bailes, las maricas no han tenido más remedio que hacer un hueco a la violencia. Poldo no recuerda grandes agresiones, pero sí insultos. No se atreve a explicar que tuvieron estrategias de resistencia ante la LGTBfobia, pero hicieron frente a las agresiones: «El propio hecho de crear el grupo de visibilización pública, personal y grupal fue una forma de hacer frente a la violencia». Las manifestaciones y los encuentros, reivindicar su agenda en las radios, en los periódicos y en la televisión. La visibilidad, como estrategia de autodefensa: «El hecho mismo de salir a la calle juntas, sin prejuicios, estar dónde y cómo queríamos».

Poldo y Txerra tuvieron un programa de radio en la emisora libre Hala Bedi, en el que hablaban de todo: de leyes, de música, de violencia

Menudo guirigay

Poldo y Txerra tuvieron un programa de radio en la emisora libre Hala Bedi, que recuerda con muchísimo cariño. «Fue muy divertido», reitera. Estaba dividido en secciones. Poldo hacía de folclórica marica y Txerra tomaba un rol un poco más serio. Hablaban de todo: de leyes, de música, de violencia. Presume de haber puesto «en una radio tan alternativa» música de dos de las más grandes: Lola Flores e Isabel Pantoja. Aprovechaban también para recomendar artículos de las revistas de la época: *Shanghai* y *El Mensual*, principalmente. Solían hacer un hueco también a las reco-

mendaciones literarias que traían de Herrikoia, la librería que regentaba Mertxe.

Gaytasuna murió de muerte natural aunque, todavía hoy, se felicitan los cumpleaños por WhatsApp y, a veces, incluso, toman algún pote. Hubo algo a lo que no se atrevieron: «Tuvimos la fantasía de hacer una cuadrilla de blusas de maricas. Cambiar los cuadros azules de las camisas por unos rosas. Queríamos llamarnos 'Las hijas de María', pero probablemente no íbamos a aguantar ni cinco minutos en la calle. Nos iban a correr. Hubiésemos tenido problemas, pero chica; habría sido precioso».

Vaya que sí.

TO. DEL MIEDO AL PLACER DE SER BOLLERA

Esta activista gasteiztarra de 51 años afincada en Lanzarote no oculta ni las canas ni la pluma. Atiende la entrevista por videoconferencia luciendo bronceado, desparpajo y el orgullo que le insufló el activismo lesbofeminista.

Cuando To era adolescente, escribió en un folio: «Soy lesbiana». Había leído un libro de autoayuda que animaba a expresar por escrito aquello que una no logra verbalizar. Acto seguido, rompió el papel en tres mil pedazos, lo metió en un cenicero, le prendió fuego y tiró las cenizas al váter. «Destruí completamente la prueba del delito», ironiza.

To tiene 51 años, lo que significa que fue niña en los setenta y adolescente en los ochenta. Lo más parecido a un referente lésbico con el que creció era una enciclopedia ilustrada que incluía algunos cuadros con mujeres desnudas. «¡Era como ver una revista porno! Me preocupaba que, de

tanto abrir por esa página, se notase en el lomo y mi familia se diera cuenta», ríe.

Siempre tuvo claro que le gustaban las mujeres, pero era un secreto que guardaba bajo cinco llaves. «Nadie puede saber esto, nunca lo voy a contar», se decía. Maricón era un insulto habitual, pero cuando a las chicas les llamaban marimacho, era para criticar su expresión de género masculina. La posibilidad de que a una mujer le atrajeran sexualmente las mujeres resultaba inconcebible. En sexto o séptimo de EGB, cuando se estaba asomando a la pubertad, la empollona de la clase le llamó lesbiana. «Sentí que me había desmascarado. No me dolió tanto porque fuera una agresión verbal, sino porque me habían descubierto».

Entonces la llamaban Toñi, ya de adulta se autobautizó como To, porque le gusta ese toque más masculino. De pequeña prefería jugar con los chicos al balón, correr y saltar, que quedarse sentada en el suelo con las niñas. «Era tan evidente... Ahora me podrían decir que era trans, pero no era trans, era masculina». Eso lo tuvo siempre claro, pero en cambio, le surgían todo el rato dudas sobre sexualidad. «No me cuadraba nada de lo que me contaban mis amigas». Su madre, preocupada por esa evidencia de que la niña no encajaba con las convenciones sociales, la llevó a una asistente social que, después de hacerle tests psicológicos, concluyó que tenía «demasiada curiosidad hacia el sexo». Por lo demás, con dos hermanos y una hermana, la infancia de To fue muy libre, porque su padre y su madre no daban abasto con la familia numerosa. «Así que nos dejaban ir a nuestro aire. Yo lo viví como una suerte, otras lo habrían vivido como abandono».

Con quince años intentó salir con un chico de la clase, «el menos malo de todos», con el que duró un año. El día en que él la felicitó por su primer aniversario, se quedó tan descolocada e impactada de haber dedicado doce meses a una relación en la que no creía, que decidió dejarle. «Yo tenía clarísimo lo que quería, pero tenía tanto miedo a decirlo... Era un miedo abstracto. En realidad más que miedo era un vacío. Sentía que no había nada, que no había nadie en quien mirarme».

Hasta que, un buen día, puso la radio y su vida dio un giro inesperado.

De Hala Bedi a ALA

Dos mujeres en una ducha. Son una atleta y su entrenadora. Nadie puede descubrir que están juntas. Se abrazan y lloran bajo el agua. Es una escena erótica y dura a la vez. To no recuerda el título de la película ni las actrices que la protagonizaban, pero varias amigas de su quinta le han confirmado que esas imágenes quedaron grabadas en el imaginario de toda una generación carente de referentes lésbicos.

Y de pronto, alguien hablaba de ello con todas las letras. Tendría unos veinte años cuando estaba escuchando Hala Bedi Irratia y unas chicas se pusieron a hablar sin tapujos sobre lesbianismo. To agarró el teléfono y llamó en directo para preguntarles cómo podía conocerlas. «Al día siguiente salí a la calle con miedo de que alguien me hubiera escuchado e identificado. Pasado el susto, me tiré de cabeza».

A partir de ahí todo fue rodado. De Hala Bedi, con la Asamblea de Mujeres de Álava como referente, pasó a participar en la recién fundada Asamblea de Lesbianas de Álava (ALA), creada en 1994. Se reunían los jueves a la tarde. Involucrarse en la militancia y compartir vida con algunas compañeras del colectivo aceleró su proceso de aceptación y de visibilización lésbica. «Vas a las reuniones, organizas encuentros y jornadas y te das cuenta de que no puedes ser lesbiana solo cinco horas a la semana, que quieres serlo todo el rato, que es lo que te construye, lo que eres». Ir a una manifestación implicaba asumir que saldría en la foto del periódico. «A mí el miedo me desapareció rápido una vez que disfruté de ese caramelo, del placer de ser lesbiana».

«Organizas encuentros y jornadas y te das cuenta de que no puedes ser lesbiana solo cinco horas a la semana, que quieres serlo todo el rato, que es lo que te construye»

En Vitoria-Gasteiz no se hablaba de las lesbianas más que en los actos del 28J. Tampoco se sentían representadas en la agenda de la Asamblea de Mujeres de Álava. «Nos quejábamos de que solo hablaban de aborto y de maltrato. Nos apoyaban, pero nuestra existencia hizo que se relajasen con el tema de la diversidad sexual». La crisis del sida seguía pegando coletazos, y la primera ac-

ción de ALA fue imprimir un panfleto de prevención del VIH entre mujeres, con consejos sobre cómo utilizar el cuadrante de látex, por ejemplo. Pero la actividad estrella fueron las acampadas de lesbianas.

Era un sueño: más de 100 bolleras pasando juntas el fin de semana, escuchando charlas y presentaciones de libros, talleres sobre cómics lésbicos, disfrutando de fiestones memorables que atraían a cerca de 400 lesbianas de todo el Estado español. Se autofinanciaban con una pequeña cuota y con lo que sacaban de la barra. En los noventa no había redes sociales ni móviles, ni falta que les hacía. Las integrantes de ALA escribían cartas y llamaban por teléfono a personas de referencia para que corrieran la voz. «Por ejemplo, buscábamos el teléfono del bar de ambiente de Tudela, el Pekín, llamábamos y les contábamos el plan. Y así llegaban las navarras, las mañas, hasta las canarias... Era una militancia de artesanía», recuerda con cariño.

También era un activismo impulsado por la necesidad vital. Muchas se acercaban a ALA para socializar e incluso para ligar. «Era terrible, porque cuando una nueva ligaba con una de la asociación, ¡las dos dejaban de venir!». En los años noventa, los bares de ambiente eran gais: el Moet, el Delfos... «Íbamos de vez en cuando y nos juntábamos con las travestis, era divertido». Fue más adelante cuando otra lesbiana orgullosa, Maika, abrió el Waslala.

Pero To reivindica más los espacios de ocio autogestionados que la hostelería LGTB. Las acampadas les daban subidón para seguir organizadas todo el año. El eje principal de su activismo era la visibilidad, gritar a los cuatro vientos que las lesbianas existen. Una manera de visibilizarse era ir a los bares hetero al terminar las reuniones. «Recuerdo una vez que organizamos un taller de caricias y el después fue memorable: bolleras acariciándonos en los bares del Casco Viejo».

No somos amigas...

Con su familia no hubo una conversación solemne, ni lágrimas, ni reproches. Pero sí muchos silencios. Lo curioso es que To tenía un potencial aliado en su propia casa: tiene un hermano mayor gay, pero salió el armario mucho más tarde. «Tenía pluma. Éramos el mariquita y la marimacho, pero él decidió casarse con una mujer». A nadie le sorprendió cuando más adelante dio el paso y se separó. To tiene claro que allanó el camino a su hermano: «Creo que fui un referente y un apoyo para él».

Ella, en cambio, no llegó a pronunciar nada parecido a una salida del armario: «No dije que soy lesbiana, lo fui». Al principio contaba milongas para justificarse cuando dormía con alguna chica: «No, es que me he tenido que quedar a dormir en casa de fulanita porque le daba miedo dormir sola». Jugaba a su favor esa asexualización que ha pesado históricamente sobre las lesbianas y que el movimiento lesbianista ha respondido con el lema *No somos amigas, nos comemos el coño*. «Mi madre no entendía que ser lesbiana implica tener sexo con mujeres. Veía a mis ligues como mis amigas. ¿Y mi padre? Él callaba y trabajaba».

Cuando sus dos hermanos varones se casaron con mujeres, la madre de To les obsequió un juego de sábanas de matrimonio con las iniciales del novio y de la novia bordados. En cambio, cuando To compró una casa con Leticia, con la que llevaba años de relación sin secretos, les regaló... ¡dos juegos de sábanas de noventa! To le llamó la atención: «¡Pero si has visto nuestra casa, has dormido en nuestra cama!». No hizo pedagogía, solo le señaló lo evidente. Y funcionó: consiguió su juego de sábanas grandes.

Con la madre de Leticia, en cambio, no había silencio ni negación, sino abierta hostilidad. «Me acusaba de haber convertido a su hija en lesbiana, que lo de su hija era culpa mía. Las dos nos reíamos de ese poder que me otorgaba la madre».

En el trabajo también fue siempre una lesbiana orgullosa y visible. Se formó como delineante, un oficio muy masculinizado al que se dedicó durante 25 años. Dice que no tuvo problemas con sus compañeros de empresa. Ellos le hablaban de sus esposas y sus hijos e hijas, y ella no se cortaba en hablarles de sus relaciones. Cuando explotó la burbuja inmobiliaria y su empresa decidió prescindir de sus servicios, To dio un giro a su vida y se fue a vivir a Lanzarote, donde estudió integración social. Ahora combina el trabajo de integradora social con los estudios; se está sacando un título de promotora de igualdad de género. Pasar de un ámbito laboral masculinizado al tercer sector le ha servido para comprobar en sus carnes la devaluación económica de las profesiones feminizadas.

Para To, la violencia lesbófoba más habitual es el acoso sexual: un baboso rondando en el bar o en la playa. En esas situaciones, nunca se calla

La otra cara de la moneda del «no somos amigas» es el acoso sexual. Si tiene que condensar en una escena la violencia lesbófoba más habitual (además de la invisibilidad, claro) es la de un baboso rondando en el bar o en la playa. En esas situaciones, To nunca se calla y le suelta un lapidario «Déjanos en paz. ¿No tienes otro sitio donde mirar?» o «La playa es muy grande, búscate otro sitio».

Otras veces, la lesbofobia se reviste de paternalismo. Le acaba de pasar en el Ayuntamiento de Haria, donde vive ahora. En unos meses se va a casar con su pareja actual. La funcionaria del juzgado de paz dijo que no iba a poner el nombre de su novia en el formulario de solicitud del matrimonio civil: «¿Por qué tiene que saber la gente con quién te vas a casar?», apostilló, como si quisiera protegerla de comentarios maliciosos.

A ella el activismo bollofeminista le ha funcionado como vacuna para estar fuerte contra la lesbofobia cotidiana, pero se sabe privilegiada. Aunque las jóvenes ahora crezcan con referentes lésbicos, To percibe que no están libres de ese miedo abstracto que sentía ella en la adolescencia. «Una cosa son las leyes y los micromundos guays como este en el que yo vivo, pero hay muchas chicas y adultas que todavía viven su lesbianismo como algo privado».

Autogestionar el bollerío que nos da la gana

En la gala del décimo aniversario de Emakunde, la entonces directora y la secretaria general, Txaro Arteaga e Itziar Fernández, toparon con una pequeña sorpresa. Se repartieron entre las asistentes unas tarjetas en las que alguien había añadido un adjetivo al Instituto Vasco de la Mujer: Heterosexual. Un misterioso comando firmó la acción: Lesbianas Sin Gobierno. Aunque en el momento lo negasen, To confiesa divertida que fue cosa de las ALA. «Emakunde no había contado jamás con nosotras, no habíamos aparecido en la revista ni nada. Así que cuando nos invitaron, fuimos pero teníamos algo que decir». Y funcionó. Pronto publica-

ron un artículo sobre lesbianismo firmado por la activista feminista y lesbiana Maite Mateos.

To recuerda con nostalgia ese activismo irreverente, que se nutría de referentes de otros territorios como las madrileñas LSD. Sin embargo, cree que la instrumentalización de las organizaciones sociales fue precisamente lo que hirió de muerte a ALA, hasta su desaparición hacia el año 2000. «Cada vez había más dinero, teníamos que hacer más actividades que había que justificar. Estábamos demasiado al servicio de las instituciones. Ya no éramos nosotras autogestionando el bollerío que nos daba la gana».

Lo bueno es que de ese ocaso surgió una nueva hornada de colectivos «más frescos, que habían aprendido la lección». En el año 2000 se fundó el espacio autogestionado Lesgaytegi; en 2007, el colectivo 7menos20; en 2010, la asociación Pikarra; y, en 2012, la sala Súkubo. Su historia es conocida: con la aprobación de la ley antitabaco, un grupo de colegas decidieron alquilar una lonja para juntarse sin tener que salir a la calle a fumar. Entonces no imaginaban que terminaría siendo un espacio de cultura transfeminista de referencia en Euskal Herria.

To enumera las investigadoras, activistas y colectivos que pasaron por la calle del Cubo: Lucas Platero, Javier Sáez, Carmen Romero Bachiller, Nac Scratchs, Aitzole Araneta, Gerard Coll-Planas, Miquel Missé, Brigitte Vasallo, Hetaira, Gracia Trujillo, Yuderkys Espinosa, Itziar Ziga, Amaia Pérez Orozco, Norma Mogrovejo, Susanna Martin, *Pikara Magazine*... «¡Llegamos a alojar parte de una exposición del Artium! Dijimos que sí orgullosas».

El proyecto se basaba en la autogestión y en el háztelo tú misma: «Hicimos la reforma con nuestras manitas, incluida la insonorización del local. Se financiaba con el bar y con las cuotas de unas 35 socias. Nada de sopa boba institucional». La precaria sostenibilidad duró seis años, cuando decidieron cerrar la persiana de esa emblemática lonja que alojó tantas charlas, proyecciones de documentales, fiestas, comilonas y muchas horas de sofá y risas.

«En los noventa sacamos un cartel: 'Heteras, las bollos os apoyamos'. Yo estoy encantada de ser bollera y de ser visible»

Entonces To ya se había mudado a Lanzarote. Está a gusto en Canarias, especialmente en estos tiempos de pandemia, porque en las islas en seguida se levantó el confinamiento. Participa en el movimiento feminista pero echa en falta más subversión y vanguardia, más feminismo práctico

y menos debate recurrente: «Todavía siguen discutiendo si pueden entrar o no hombres». También le parece que el ambiente entre las lesbianas es más conservador que en Vitoria-Gasteiz: «¡No ligo nada! Aquí hay un rollo bolleril como de los años ochenta, son muy clásicas, no consideran la posibilidad del ligoteo fuera de la pareja».

Para To, ser lesbiana no es sinónimo de opresión, sino un privilegio. «No le tengo que chupar la polla a mi opresor. No le chupo la polla al patriarcado. Me parece un lujo relacionarme afectivamente con una igual». Y esa reflexión vuelve a encender la nostalgia hacia el activismo de los noventa. «Preguntábamos a las feministas heterosexuales: ¿Tú qué tal lo llevas? Sacamos un cartel: 'Heteras, las bollos os apoyamos'. Yo estoy encantada de ser bollera y de ser visible».

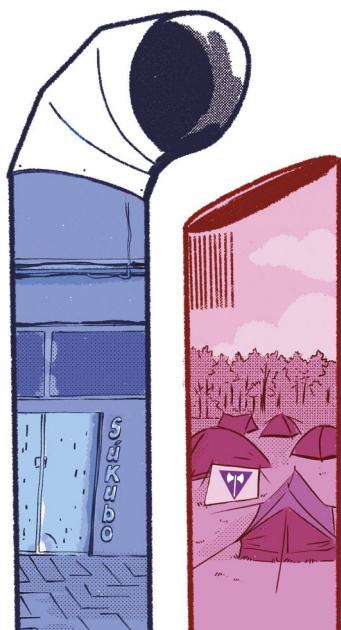
Las amigas son familia

To es de origen andaluz. Su madre y su padre emigraron a Vitoria-Gasteiz para sobrevivir. De joven asociaba la cultura andaluza con el machismo que respiraba en casa, pero después ha descubierto que Andalucía es un referente en desarrollo comunitario. «He conocido la cultura de la solidaridad que se practica en las comunidades vecinales. Es una tierra que ha vivido más dificultades pero, por ello, el pueblo ha desarrollado más mecanismos de autoprotección».

Esa cultura de lo comunitario también está presente en el colectivo LGTB, que ha reaccionado al rechazo o la incomprensión de su familia biológica, construyendo una familia elegida. Entre lesbianas es habitual que las exparejas sigan siendo parte de su universo afectivo. «Hemos tenido la suficiente inteligencia emocional para saber que, como somos un grupo reducido, si nos enfadásemos con nuestras ex, ¡nos dejaríamos de hablar todas!», explica. Para To, sus compañeras de activismo han sido también sus amigas y sus novias. Son tan familia como la pareja con la que se va a casar.

Es crítica con la institución del matrimonio. Cree que es peligroso y engañoso el mensaje complaciente de que ya está todo logrado porque los gays y las lesbianas se pueden casar. Aclara que el suyo es un matrimonio de cuidados mutuos, que su motivación es dar seguridad jurídica y económica a la relación de pareja. Aun así, tampoco comparte la crítica lapidaria de que casarse y tener criaturas vaya a destruir las comunidades lésbicas. «Bolleras que se echan novia y desaparecen del planeta ha habido siempre. Y estoy segura de que las criaturas pueden enriquecer a la comunidad».

To transmite una vitalidad contagiosa, pero no se cierra a pensar en la vejez. Le inquieta ver que muchas lesbianas ancianas viven en residencias donde vuelven a verse dentro del armario. Ella se niega a renunciar a su identidad después de toda una vida de activismo social y cotidiano. Con sus colegas lleva años fantaseando con fundar un proyecto colectivo para vivir juntas en la tercera edad: «Me veo envejeciendo con mis amigas, cuidando y siendo cuidada con ellas».



LIBÉRATE Y OLVIDA TUS PROBLEMAS CON ESTRELLAS DE LA NOCHE

En los años noventa, una compañía fundada por gais y lesbianas sacó el transformismo de los clubes de prostitución y lo convirtió en una forma creativa de hacer activismo. Sus vanguardistas espectáculos de variedades divertían y concienciaban a un público amplio antes de que naciera el movimiento LGTB en Vitoria-Gasteiz. No hay rastro de las Estrellas de la Noche en Google, pero dos de sus integrantes, Juan y Jose, hacen memoria de su lucha contra la homofobia.

Año 1985. Un grupo de maricas y una bollera colaboradoras de Euskal Herriko Gay Askapen Mugimendua (EHGAM) reparten octavillas y venden pegatinas los domingos por la mañana en Plaza España y en La Cuesta para reivindicar la diversidad sexual. Cada dos por tres irrumpe un grupo de fascistas de Fuerza Nueva para golpearles. Las activistas no se amilanan. «Nos liábamos a hostias y perdíamos todos. Más de una vez, la calle se llenaba de sangre», recuerda Juan. Ante la inseguridad que implicaba hacer militancia LGTB en las calles, buscaron otra manera de luchar: la artística.

Cuatro años después, se dieron a conocer como Estrellas de la Noche, una compañía de espectáculos de variedades en las que el transformismo tenía especial protagonismo como forma creativa de promover la visibilidad gay. Fueron quienes organizaron las primeras fiestas gais en Vitoria-Gasteiz pero pronto les salieron contratos en salas de fiestas, en pueblos y hasta en clubes de personas jubiladas.

«Ofrecíamos entretenimiento, diversión y activismo para mostrar que todas las personas podemos hacer lo que realmente queramos», cuenta Juan, uno de los integrantes más politizados del grupo. A Jose, en cambio, le movía más el arte que lo reivindicativo. La principal motivación de cada uno se refleja en su repertorio. Juan era un apasionado de la argentina Nacha Guevara porque todas las canciones de su primer LP eran críticas con la iglesia y los militares. La especialidad de Jose, en cambio, era la copla. Su favorita era Marifé de Triana, y también le gustaba mucho la revista.

En realidad, están de acuerdo en que la dimensión artística y la activista eran dos patas complementarias y esenciales. «Se trataba de ofrecer un planteamiento artístico de cali-

dad, para que el público viera que no éramos unos cantamañanas», dice Juan. «Actuábamos gratis muchas veces, nos implicábamos con la causa», completa Jose.

En el cartel, una silueta negra con liguero y zapatos de tacón rojos. Letras rojas sobre un fondo blanco: *Variétés. Estrellas de la Noche*. «¡Buenas noches! Aquí no hay diferencias por el sexo o por el color. Esperamos que pasen un rato agradable y que este espectáculo nos ayude a olvidar todos los problemas que tenemos», arrancaba la maestra de ceremonias. Juan fue uno de los fundadores de Estrellas de la Noche junto con Fidel (su pareja), Josetxo, Paco, Marisa, Alberto, Belén, Moisés, Arantxa y Alfredo. No quiere dejarse ningún nombre y añade que hubo mucha más gente cercana que ayudó y animó en esos comienzos.

A Jose, unos años más joven, lo conocieron porque le vieron actuar en un bar. La compañía fue sumando a bailarinas de la prestigiosa academia de Rosa Nieves: Lourdes, Yolanda, Marisa y Mari Nieves. Belén era la *vedette* del grupo; después se fue a Madrid y llegó a actuar con el emblemático transformista canario Paco España. No todos eran gays y lesbianas. «Tuvimos tres bailarines muy buenos que no entendían. Al principio estaban un poco cortados, pero luego no tuvieron problemas», cuenta Juan.

«He traído fotos para que veas». En una, Jose luce espectacular con una mochila de plumas negras de cabaret, un tocado y enormes pendientes de brillantes. A cada lado, Fidel y Juan visten a juego: chaquetas negras de lentejuelas, pantalones plateados y un vistoso maquillaje de ojos con pestañas postizas. Su primera actuación fue en carnavales de 1989, en el Elefante Blanco, una discoteca de la plaza San

Antón que no era de ambiente. En el escenario, un enorme triángulo invertido rosa cubre el emblema del paquidermo. Fue un éxito y el dueño les dejó la sala para organizar fiestas gais, no tanto por activismo sino por la evidencia de que el llenazo estaba asegurado.

Si en el público se escuchaba un *maricón* despectivo, agarraban el micro y le ponían en su sitio: «Aquí somos iguales, da igual cómo vayas vestido»

En Vitoria-Gasteiz la acogida fue muy buena. Donde lo pasaron un poco peor fue en los pueblos. «El ambiente era más duro, más reaccionario», cuentan. Pero si en el público se escuchaba un *maricón* despectivo, en seguida agarraban el micro y le ponían en su sitio: «Aquí la igualdad es para todas las personas, somos iguales, da igual que vayas vestido de hombre, de mujer o de payaso», recrea Juan.

A finales de los ochenta, todavía no había colectivos LGTB en el municipio. Gaytasuna y la Asamblea de Lesbianas de Álava (ALA) se crearon en 1994. Así que los integrantes más politizados de Estrellas de la Noche colaboraban con EHGAM de Bilbao. «Venían a ayudarnos y a darnos ideas. También íbamos a Chueca a reuniones nacionales y organizamos una en un caserío de Durango», cuenta Juan. Otro espacio de activismo era Hala Bedi Irratia. Juan y compañía tenían un programa de hora y media los domingos. «Estaban en un piso clandestino. Llevábamos nuestra cinta de casete ya grabada, la metíamos, esperábamos unos minutos mientras nos fumábamos un cigarro y nos marchábamos». Su programa incluía un consultorio a lo Elena Francis desde el que animaban a los chicos a que se liberasen y fueran ellos mismos. «Les dábamos la chapa,

les decíamos que tienen que ser libres y vivir sin complejos ni ataduras».

Hacerse un hombre

Juan tiene 65 años y Jose 56, lo que significa que les tocó cantar el «Cara al sol» en el patio del colegio cada mañana. Fueron a escuelas públicas, pero entonces eran segregadas por sexo y el trato de los maestros era tan autoritario como el de los curas. «Te daban con la regla en la mano, eran mandones, no te explicaban las cosas. Te decían que dos por dos son cuatro y si no lo aprendías te pegaban un golpe en la cabeza», cuenta Juan. Fueron dos niños mariquitas que no escondían su pluma, pero no recibieron acoso homófobo porque en aquel entonces la homosexualidad era tan tabú que no se mencionaba ni como insulto.

La situación en casa era dura, pero no guardan rencor a sus padres, entienden que ellos también fueron adoctrinados en esa férrea mentalidad patriarcal. La familia y la escuela eran dos instituciones de disciplinamiento de género a las que se sumaban unos campamentos de verano de corte militar. Ahí les preparaban para la fábrica definitiva de la masculinidad hegemónica: el servicio militar obligatorio.

«Yo quería irme a la mili, ¡pero no daba la talla de altura!», dice Juan. «Quería salir de este pueblo, porque realmente estaba muerto, todo estaba muy mal visto. Deseaba marcharme en busca de tranquilidad y de libertad. Luchar contra los padres era muy duro. Para tener más disgustos, mejor desaparecer». Intentó tres veces que le admitieran y en

las tres determinaron que su estatura no era suficiente. Así que buscó otras vías de escape.

Tenía 20 años cuando dejó un trabajo como pintor de coches en la SEAT y se marchó a Gran Canaria de vacaciones con una amiga. Ya no volvió a casa. Se quedó cuatro meses y medio, conoció a mucha gente, disfrutó al máximo, comprobó su intuición de que había lugares más abiertos y cosmopolitas donde podía ser él mismo.

Cuando regresó, Vitoria-Gasteiz le resultó todavía más gris y asfixiante. Aguantó seis meses y decidió tomar la palabra a una pareja de lesbianas alemanas que había conocido en Canarias y que le dijeron que lo recibirían en su casa con los brazos abiertos. Viajó él solo a Hamburgo haciendo autostop. Las alemanas trabajaban en la radio. Eran mayores que él, una tenía un hijo de 18 años y la otra, una hija de 16. Hablaban inglés, francés, italiano y español. A Juan, en cambio, el alemán le parecía demasiado difícil, así que no vio su sitio ahí y regresó a Vitoria-Gasteiz.

«Yo no quería ir a la mili por nada del mundo. Me libré por travesti», sigue Jose. En su entorno había chicos que habían pasado una mili estupenda, pero para otros había sido un infierno. «Uno intentó suicidarse. Se tiró por la ventana. A mí eso me causó un trauma, así que me puse a mover papeles y monté un show de cuerpo y alma». Se plantó frente al tribunal militar vestido de mujer, con peluca, un vestido verde que le había dejado Belén, chaquetón y zapatos de tacón. Era una estrategia relativamente habitual entre los homosexuales pero no siempre funcionaba; varios amigos lo intentaron y solo él se libró. No bastaba con travestirse, había que lograr un certificado psiquiátrico que acredita-

se la condición de travesti. Jose tuvo la suerte de contar, a través de conocidos, con la ayuda de un psiquiatra y de un teniente coronel.

Si algo le pesa a Jose en la vida es haber dejado los estudios a los 17 años. Pasó unos años en casa sin estudiar ni trabajar, hasta que empezó a actuar en bares. Ahí le descubrieron Juan y Fidel y en el grupo encontró una nueva familia: «Nos ayudábamos mucho, nos queríamos mucho, íbamos mucho de fiesta, intentábamos que a nadie le pasara nada».

La carrera

Juan y Fidel se conocieron gracias a una perra. Juan estaba paseando por La Florida con su mascota y se cruzó con Fidel, que iba a nadar a Mendizorroza. Le conocía de vista: «Ahí viene el que me gusta», pensó. Con la excusa de jugar con la perrita, se pusieron a hablar y quedaron esa misma noche. No se separaron en cuarenta años.

Ligar y encontrar pareja no era fácil en los años setenta. Lo más parecido a bares de ambiente eran ciertos locales de alterne. Juan tenía 17 años cuando descubrió dos opciones clandestinas a las que iba con miedo. Estaba el Alaska 21, regentado por dos lesbianas mayores, dueñas de varios clubes de prostitución. Su estrategia era contratar a dos trabajadoras sexuales como coartada para disimular el ambiente gay. Lo mismo ocurría con el Happy's, ubicado en la calle de los Fueros y regentado por un chico bisexual. Pero matiza que prostitución de hombres no había en aquellos tiempos. Los chaperos aparecieron después.

En los ochenta, con el ocaso del franquismo y los aires de la movida madrileña, el ambiente no existía sino que se improvisaba: «Íbamos a bares hetero de la calle San Antonio y hacíamos nuestro ambiente. Echábamos nuestras plumas y nuestras risas con la gente normal, por decirlo de alguna manera».

Pero la principal vía de escape era Bilbao, donde los bares de ambiente como tal proliferaron antes, en el Casco Viejo y en torno a la Ría, como el emblemático Lamiak. Jose, nueve años más joven que su amigo, no conoció el Alaska 21 ni el Happy's y fue en Bilbao donde disfrutó de la noche sin armarios.

A varios integrantes del grupo les dieron palizas en zonas de *cruising*. No denunciaban porque también temían a la policía

A falta de locales gais, la gente iba a hacer la carrera a La Florida. Hacer la carrera, aclaran, era como se llamaba a ir a los parques a ligar con chicos, lo que ahora se conoce con el préstamo anglosajón *cruising* y que sigue ocurriendo en La Florida. «Eso es peligroso, yo he tenido muy malas experiencias», mueve la cabeza Jose.

Ocurrió en Valladolid. Había ido a visitar a su tía y se animó a ir al parque. No cuenta detalles de la agresión. «No me gusta hablar de ello porque me pone de mal humor. Lo tengo superadísimo, ¿eh? Pero cogí mucho miedo a los parques. Me sentí muy vendido, en otra ciudad... Y esas cosas siguen pasando, aunque no en la medida de entonces».

No fue el único del grupo. A Josetxo también le dieron una paliza entre varios, le rompieron la nariz. A veces eran ho-

mófobos de extrema derecha, otras veces eran «chulos» cuyo objetivo era robar. Poca estrategia de autodefensa se puede poner en práctica, más que mantenerse juntos, porque asaltaban entre cuatro al que pillaban solo. Denunciar no era una opción porque estaban seguros de que la policía no les iba a hacer caso e, incluso, probablemente los agrediese también.

Juan conoció los tiempos de la Ley de Peligrosidad Social y la sufrió en sus propias carnes. Volvía con dos travestis de Bilbao, entraron a un bar, irrumpió la policía secreta y les llevaron a comisaría. A las travestis las trataron de forma morbosa, a los mariquitas a empujones.

Cuarenta años después, la lucha sigue. «En vez de ir hacia delante, estamos retrocediendo», lamenta Juan. El siglo XXI empezó con cierta tranquilidad, pero el auge de VOX y el rearme de los sectores reaccionarios ha envalentonado a los homófobos. Juan se enciende cuando habla del Opus y de los militares y también le preocupa que «la dictadura del fútbol» que rige en los patios escolares priva a los niños de desarrollar vocaciones artísticas. Fidel y él siempre caminaron por la calle agarrados de la mano. Cuando alguien les insultaba, le gritaban: «¿Qué quieres, que nos peguemos para que seamos todos muy hombres?» Le da pena que en 2021 siga siendo muy poco frecuente y, sin duda, todavía revolucionario ver a dos chicos de la mano.

Los dorados noventa

«Mira, esta foto es de otra fiesta gay. Esto era el Mahou, ahora es un bingo». La puesta en escena era muy teatral y

vanguardista. En una foto, posan en fila con camisas satinadas de colores y antifaces de plumas. En otra, una especie de brujo con capa y casco plateados intenta hechizar a unas bailarinas con vestidos de flecos y maquillaje blanco y negro. «Versionamos una ópera punk de la cantante alemana Nina Hagen», una de las más rompedoras del momento, aclara Juan. Fidel era «muy apañado» y creativo a la hora de diseñar y confeccionar el vestuario. Fueron de cabaret, de chulapas, de novias vestidas de blanco, de gala... Juan ejercía de director, de técnico de sonido y de luces. Jose actuaba, su nombre artístico era Lola.

Las Estrellas de la Noche fueron pioneras en sacar el transformismo de los clubes de alterne y acercarlo a un público amplio con esa doble intención de entretener y concienciar. Hasta entonces, lo más parecido eran los shows de las travestis y mujeres transexuales que actuaban en los puticlubes. Recuerdan a la Silvana y a la Safari. Juan y Jose nunca dudaron de su identidad de género, ambos se definen como hombres a los que les gustan los hombres y nunca se vestían de mujer fuera del escenario, salvo alguna fiesta. «La transexualidad es otro tema. Yo nunca me he sentido chica. Me encanta pintarme los ojos o ponerme una peluca, pero de ahí a ser mujer veinticuatro horas...», aclara Jose.

En cambio, sí que recuerdan a alguna transformista que empezó a hormonarse. Para la mayoría de mujeres trans de su quinta, el futuro laboral pasaba por combinar espectáculo y prostitución. Pero recuerdan una excepción: una mujer sevillana que pasaba desapercibida como trans y trabajó dando clases en la escuela de artes y oficios. «No veas lo bien que pintaba a los clásicos, a Velázquez y a Murillo», cuenta Jose. Una vez preguntó por ella y se enteró de que la

habían ingresado en la planta de Psiquiatría del Hospital de Santiago. «Me chocó porque era una persona bastante equilibrada y centrada. Después supe que se fue de la ciudad, dejó de hormonarse y vivió como hombre». Juan celebra que, gracias a lo que luchó su generación, hoy la juventud puede explorar su identidad de género con más apoyos.

Actuar era trabajo, diversión, terapia y activismo. «Te evadías, te liberabas, te podías meter con el cazurro de turno», insiste Juan. «Yo odiaba que me llamasen maricón, me sentía muy mal, así que no me reprimía y cantaba las cuarenta: 'Tú qué te crees, que eres más que yo porque yo lleve traje de mujer y tú pantalón? ¡Vives en una cueva! ¡La vida no es como tú piensas! ¡La homosexualidad no es contagiosa!», se enciende como si lo estuviera viviendo. «¡Juan era muy politiquero! Yo intentaba pasar, rara vez me enfadé con alguien desde el escenario», apostilla Jose.

Cuando estaban en Vitoria-Gasteiz, trabajaban sobre todo los fines de semana. En cambio, cuando se iban de gira podían estar uno o dos meses seguidos actuando cada noche. Vivieron del espectáculo hasta la llegada del nuevo siglo. Los noventa fueron una etapa efervescente en la que no faltaba el trabajo, entre otras cosas, por el esplendor del activismo LGTB. Maribi, fundadora de ALA, actuó varias veces con Estrellas de la Noche y siempre contaba con la compañía en las fiestas que organizaban y en sus famosas acampadas lesbianofeministas. «Las chicas aquí se han movido bastante más. En general son más activistas que nosotros», valora Jose.

«Mira, esta foto es de una de las manifestaciones más multitudinarias del Orgullo en Gasteiz, en 1998. Fue el año en

el que se hicieron las Olimpiadas Gais en Amsterdam, que fuimos también. Antes de ese año, las manifestaciones no cuajaban, la gente tenía miedo, no aparecía, y esta ya fue la más fuerte». Por entonces nacieron los primeros bares de ambiente: el Moet, el Cubo, el Waslala...

Venían de la crisis del sida. «Fue horrible. Se nos murieron muchos amigos, gente muy buena y maja. Un chico que actuaba con nosotros duró un par de meses. Escuchábamos las noticias con mucha incertidumbre y miedo. Estaba tan mal visto... La iglesia lo aprovechó para alimentar la homofobia». Laureano fue uno de esos jóvenes que «cayó de golpe y porrazo». Era un diseñador talentoso, hacía tapices y esculturas, les confeccionó esos cascos plateados que usaban en los tributos a Nina Hagen. La crisis de la heroína, en cambio, no les afectó tanto. Apenas conocen a dos o tres gais que se engancharon al caballo. En sus fiestas lo que más se consumían eran canutos, si acaso algo de cocaína y de *popper*.

Ganaban bien. El precio de una gala suelta era mayor que un contrato largo, pero estos daban más estabilidad. Llegaron a firmar contratos de ocho meses con alguna sala de fiestas. Lo malo es que las cotizaciones eran irregulares, cotizaban sobre todo cuando actuaban por petición de diputaciones y ayuntamientos.

Hacia el año 2000, los contratos empezaron a escasear y el grupo fue perdiendo integrantes. Algunos buscaron trabajos más estables en la ciudad, a otras les surgieron oportunidades en otras provincias. Josetxo trabajaba en el bingo. Paco era camarero. Marisa montó una peluquería y Lourdes, una academia de baile. Patxi trabajaba en una

tienda. Fidel, en una fábrica de plásticos. Alfredo, en Galerías Preciados. Arantxa da clases de teatro, de risoterapia y montó con otra colaboradora, Mertxe, el grupo de teatro Pánico Escénico. Jose trabajó en la Comisión Antisida, en hostelería y cuidando a personas mayores. Juan fue carrocerero, pintor de brocha gorda y también montó algún negocio familiar. Ya fuera en el bar, en la fábrica o en los grandes almacenes, todos hacían gala de su pluma y de su orgullo. «Somos mariquitas pero tenemos nuestros derechos», insiste Juan.

Fidel siguió dedicado a la farándula. Fundó con otro compañero, también llamado Jose, el dúo Cálidos y ofrecían cenas-espectáculo en restaurantes. «Llevaba el espectáculo en la sangre», suspira Juan entre lágrimas.

Ya no cantan

Juan ya no canta ni en la ducha. La muerte de Fidel en marzo de 2020 le ha dejado sin ganas de nada. Llora cada vez que sale el tema de un duelo. «Cuarenta años son mucho. Ha sido un mundo de alegrías y de tristezas. Ha habido enfados por el trabajo y por celos. Los gais tenemos más tendencia a ser liberales y promiscuos, y llevar ese tema es muy difícil. Hace falta mucha comprensión dentro de la pareja, saber escuchar, perdonar, admitir tu culpa. Mentalizar a la familia también fue muy duro. El matrimonio es una lucha diaria».

Se hicieron pareja de hecho en 1994, en cuanto el alcalde José Ángel Cuerda abrió el registro de parejas de hecho, pionero en el Estado español porque no discriminaba a las parejas del mismo sexo. Se casaron en cuanto el gobierno

de José Luis Rodríguez Zapatero logró legalizar el matrimonio igualitario. Fue una boda íntima en el juzgado, con familia y unas pocas amistades. «Nos queríamos casar para que las cosas estuvieran claras y, si le pasaba algo a uno, el otro tuviera a qué agarrarse. Y mira, por desgracia ha pasado».

Y, además, le ha tocado enviudar en pleno confinamiento y recién jubilado. Debido a las restricciones por la Covid-19, aún no ha podido llevar las cenizas de su marido al panteón familiar. La muerte de Fidel les pilló en el pueblo, en Murias de Paredes (León). Juan pasó ahí un mes solo, con la ayuda de tres vecinas que le llevaban comida: Sonia, Elenita y Mari Carmen Mayo, alcaldesa de la localidad. «En el pueblo siempre nos trataron con mucho respeto y cariño, todo el mundo sabía que éramos matrimonio», agradece.

Arantxa y Mertxe le piden de vez en cuando que les lleve el sonido y las luces en sus funciones de Pánico Escénico. «Son muy buenas, todas sus obras son muy reivindicativas. Me llevan con ellas para que me anime. Yo voy, aunque me traiga muchos recuerdos. Es muy duro». Llora. «Hombre, Juan, ha pasado poco tiempo», le anima su amigo.

A Jose el confinamiento no le cambió demasiado la vida. No ha tenido parejas estables, vive solo y está en el paro, aunque a veces va a limpiar donde una sobrina. «¡Yo nunca me aburro! No pienso mucho en el futuro. ¡Espero morir joven y guapa!», bromea. En casa canta, pero hace mucho que jubiló a Lola.

— Lo dejamos por que sí, porque no nos apetece, simplemente.

— Porque ya tenemos una edad...

— La edad da igual, Juan, porque tú y yo conocemos a gente que sigue ahí trabajando. Israel, sin ir más lejos...

— Fidel siempre decía: «El día que vayamos a la residencia, ya verás el show que vamos a preparar». Si yo termino en una residencia, no voy a dejar de ser yo mismo.

— Yo vivo siempre al día. Antes y ahora. Me imagino de viejo, ¿eh?, pero nunca pienso más allá, no quiero tener quebraderos de cabeza

— Yo me agarro a la familia y a los amigos y amigas, es lo más importante ahora para salir adelante. Y a mis dos perritos. No hay más perspectiva para mí ahora que cuidar y que me cuiden.





LAS GANAS DE VIVIR DE BERTHA

Las personas trans que solicitan asilo y refugio en el Estado español se enfrentan a una maraña administrativa difícil de gestionar. Bertha (nombre ficticio) llegó buscando una vida libre de violencia. Tiene cargada la mochila de proyectos, que podrán empezar a materializarse cuando consiga regularizar su situación administrativa.

Bertha nació en Tánger, una ciudad al norte de Marruecos, en 1985. Ahora vive en Vitoria-Gasteiz y todavía tiene dificultades para comunicarse en castellano. Llega tarde a la entrevista porque quería ponerse guapa y, desde luego, llega luciendo una belleza que, probablemente, resulte incómoda para muchos. No es normativa, ni mucho menos. Bertha tiene los ojos verdes y unas pestañas larguísimas. Fátima (nombre ficticio), su fiel amiga, hace de traductora y Bertha, a ratos se ríe y, a ratos también, llora con una rabia que parece más vieja que ella.

En 2019, Bertha decidió visitar a un amigo que vivía entonces en Vitoria-Gasteiz y aquel viaje se convirtió en la semilla de lo que acabaría siendo su proceso migratorio

Quiere empezar su relato desde el principio y arranca contando que siempre ha vivido en una casa muy grande, con sus padres, sus abuelos, tíos, primos, primas, hermanos y hermanas. Era con estas últimas con las que siempre quería jugar Bertha y, ahora mientras echa la vista atrás, reconoce haberse sentido siempre una más. Era todavía una niña, tendría siete u ocho años, cuando se acostó con uno de sus primos. La primera vez, estuvo de acuerdo. Luego no pudo volver a decidir. Él era algo más mayor que ella. Al crecer, su

pluma [término que se utiliza en el argot LGBTQI+ para referirse a los hombres con gestos o actitudes femeninas o a mujeres con apariencia masculina] era cada vez más evidente y empezó a sufrir las primeras agresiones verbales por parte de su familia. «Maricón», le gritaba llorando su madre. Bertha empezó a acostarse con otros hombres de su ciudad y, dice, cada vez estaba más triste. Entonces trabajaba en un taller de coches y, también en lo laboral, la violencia contra ella era cada vez más cruda y evidente. En 2019 decidió visitar a un amigo que vivía entonces en Vitoria-Gasteiz y aquel viaje se convirtió en la semilla de lo que acabaría siendo su proceso migratorio: «Mi amigo no es gay, pero le gustan los chicos», asegura. No me aclara qué tipo de relación mantenía con él, pero se ríe con una sonrisa picarona, que se intuye detrás de la mascarilla, cuando le pregunto si era su novio.

Coge su móvil y me enseña un vídeo que guarda como oro en paño. Está grabado en Tánger el 1 de agosto de 2020, a

las 14:01. En las imágenes, un grupo de mujeres y un par de hombres lloran alrededor de Bertha. Ella lleva unos pantalones azul klein y un chaleco de cuero. Apenas porta equipaje, ni está maquillada. Se despide de su familia como si fuera una estrella, pero el viaje que iniciaba entonces Bertha no era, precisamente, una travesía agradable. Ella insiste en que su familia la quiere mucho y sueña con poder traerles algún día con ella, pero reconoce también que ni aceptan ni acogen su vivencia. No les ha dicho que es una mujer trans: «No pasa nada. No les gusta, pero creen que no tiene solución», dice refiriéndose a la homosexualidad que le atribuye su familia. Ahora que se siente de alguna manera protegida, es capaz de ver con más perspectiva su futuro, pero reconoce haber querido matarse en decenas de ocasiones. «Es muy difícil, amiga, muy difícil», me dice con lágrimas en los ojos. Le tiemblan las manos, que luce con una manicura perfecta.

Llegó en verano en barco con visado de turista y decidió probar suerte en Vitoria-Gasteiz. Al llegar, mientras paseaba por la ciudad, se encontró con la oficina de la Comisión Antisida. Tenían colgado algún cartel con la bandera arcoiris y Bertha entró pidiendo ayuda. Arrancó así su periplo administrativo. Ha solicitado la protección internacional por su condición de mujer trans. No hay datos oficiales que recojan cuántas personas trans solicitan asilo en el Estado español por su condición.

Bertha eligió su nombre en un guiño a una telenovela que no se perdía ninguna tarde. Lo cuenta, entre risas, mientras presume de nombre. Todavía no se lo ha comunicado a su familia porque teme que, en el caso de su madre, pueda afectar a su salud: «Es que tiene diabetes», justifica. Según las leyes de protección internacional de asilo, la persecu-

ción es definida como la violación grave, sostenida o sistemática de los derechos humanos. Bertha cumple los requisitos, pero las dificultades son evidentes. Los plazos se alargan tanto que acaba resultando una espera desesperante. Ella dice no tener prisa. Ahora está bien, pero mira con recelo a su país y mira con recelo el futuro. El Código Penal marroquí cataloga como «relaciones impúdicas o contra natura» las relaciones entre personas del mismo sexo. Las penas van desde seis meses a tres años de prisión. La clandestinidad y el exilio son las únicas alternativas.

El Código Penal marroquí cataloga como «relaciones impúdicas o contra natura» las relaciones entre personas del mismo sexo

No sabe cuánto tardarán en reconocerle su condición de persona refugiada, pero está impaciente por empezar, cuanto antes, su proceso de hormonación. Tenía cita con el endocrino para empezar con el tratamiento, pero todo se ha retrasado debido a la crisis sociosanitaria de la Covid-19. «Quiero tetas y hormo-

nas», dice. No sabe cómo se lo contará a su familia y tampoco parece tener prisa. Ni por contarlo ni por volver a su país. Ha vivido, en su propia piel, la violencia transfóbica en el Estado español, pero no se plantea la posibilidad de volver a Marruecos: «Me matarían o me suicidaría», asegura. Ella quiere vivir tranquila, encontrar un trabajo, aprender castellano. Le encantaría trabajar en una peluquería, hacer más amigas y encontrar un gran amor: «Un hombre que me cuide y que me quiera, que me trate bien».

A Bertha no le ha tratado bien casi nadie. Llevaba solo unos meses en Vitoria-Gasteiz cuando se animó a acercarse a un parque en el que le dijeron que podía encontrar a hombres

gais. Después de cenar con Fátima, se acercó con la intención de pasar un buen rato. «Ven conmigo», le dijo uno. «Un hombre español», matiza. No sabe bien cómo, pero le llevó hacia un grupo más grande. Le zarandearon primero y le pegaron después. Uno de ellos llevaba un anillo grande con

Los traductores automáticos funcionan muy bien con Grinder, la principal aplicación de ligoteo entre hombres maricas

el que le abrió una brecha de dos puntos. Bertha llamó llorando a su amiga cuando pudo escaparse y Fátima llegó minutos después al parque. Estuvieron buscando a los agresores, con la Ertzaintza, por el parque, pero no encontraron ni rastro de ninguno de ellos. La recomendación de la policía: que no acuda sola al parque por

la noche. Bertha dice que lo entiende, pero sabe también que ella no hizo nada malo. Ahora, utiliza aplicaciones para ligar: «Quiero buenos novios», dice. Los traductores automáticos funcionan muy bien con Grinder, la principal aplicación de ligoteo entre hombres maricas.

Bertha se mueve, con cierta confusión, entre su identidad como hombre gay y como mujer trans. Las dificultades que todavía tiene con el idioma no ayudan. Mira a su amiga Fátima y se ríen. Bertha ha aprendido rápido a escribir algunas cosas, pero no se arranca a hablar. Fátima apenas es capaz de escribir nada, pero habla con soltura. Traduce la historia de su amiga, de su hermana del alma, e interviene en su relato cuando tiene ocasión: «Lo pasamos muy mal, muy mal».

Bertha no sabe cuánto tardarán en reconocerle su condición de persona refugiada, pero está impaciente por empezar, cuanto antes, su proceso de hormonación

54

RESPIRADEROS

Historias de resistencia LGTBI en Vitoria-Gasteiz



TODOS LOS INFIERNOS DE FÁTIMA

La historia de Fátima es una de esas historias que cuesta contar. Parece una película pero, por desgracia, si alguien filmara sus infiernos, lo de Fátima sería un documental realista de esos que duele ver.

Fátima (nombre ficticio) está desesperada. «Por favor, no pongas mi nombre», insiste. Llora porque está muy cansada. Nació en 1981 en una pequeña localidad de Marruecos, cerca de la capital, que tampoco quiere nombrar. Tiene el miedo metido en el cuerpo, un cuerpo marcado por los golpes y las heridas. Su madre intuyó, cuando Fátima era pequeña y con buen tino, que era lesbiana. Ella y su prima vieron a sus tíos manteniendo relaciones sexuales y decidieron entretenerse imitándoles. Repetían el juego siempre que tenían ocasión, hasta que su madre las encontró una tarde en su habitación: «Me pegó con fuego», dice en un castellano que arde. «Yo siento como un hombre. Me gustan las mujeres», dice sin plantearse una transición de género. «Yo de pequeña cortaba la cabeza a las muñecas y siempre

quería ponerme pantalones y llevar el pelo corto», recuerda con una media sonrisa. Habla rápido porque necesita contar su historia, que alguien la escriba, que «se haga justicia».

La violencia atraviesa todos los recuerdos que tiene de su infancia

Su familia entendió rápido que Fátima era lesbiana. Probablemente, mucho antes que ella. A partir de entonces, la violencia atraviesa todos los recuerdos que tiene de su infancia: «Era una esclava. No podía salir. Solo me pegaban y me pegaban. No tenía derecho a nada», dice. No para de llorar mientras recuerda que no le dejaban hacer nada más que limpiar y cocinar para toda la familia: «Solo pensaba en suicidarme». En el colegio Fátima se enamoró de una de sus amigas, pero ella no lo aceptó. El aire fresco que recibía al ir a la escuela acabó por convertirse también en un infierno. «No puedo decir ni pedir nada a nadie», dice. La gran vergüenza de su familia, el lesbianismo de Fátima, es uno de los secretos mejor guardados, un silencio que nadie se atreve a romper. Solo lo saben sus familiares más cercanos, que ponen todo el empeño posible en que no lo sepa nadie más. También ahora, que hace años que está lejos de su casa. Fátima solo tiene buena relación con una de sus hermanas que vive en Argentina y habla, muy de vez en cuando, con sus madre y su padre, que aprovechan cualquier ocasión para cuestionar sus decisiones y sus deseos.

El lesbianismo de Fátima no supuso ningún freno en las decisiones que su familia había tomado ya por ella. Era una cría —no recuerda con exactitud la edad— cuando le comunicaron que tenía que casarse con un hombre 20 años mayor que ella. Tras la boda, Fátima se fue a vivir con él hasta que una noche decidió huir de esa casa tras recibir una

paliza. Sus padres la dejaron volver pero, a cambio, la volvieron a golpear por haber roto el matrimonio. De nuevo, el infierno. Su hermana entonces la animó a escribirse con gente de fuera para entretenerse. Así, a través de la página de contactos de una publicación que se distribuye en varios países árabes, Fátima conoció a su segundo marido. Es mauritano, pero entonces trabajaba de policía en Dubai. El padre de Fátima interceptó las cartas que se mandaban y decidió que era buena idea que su hija se casara con aquel tipo que no conocían de nada: «Le ofreció casarse conmigo sin ofrecerle dinero ni nada. Tenía mucha vergüenza por mi otra boda», recuerda.

Dicho y hecho. Fátima llegó en 2005 a Dubai y, tres meses después, estaba embarazada de su primer hijo. El segundo no tardó en llegar. «No me trataba bien porque no le daba lo que él quería, así que se fue con otras mujeres y no me daba dinero. Tuve que buscar trabajo para dar de comer a mis hijos». Fátima trabajó de todo lo pudo durante unos años, pero la situación no dejaba de empeorar con su marido, que decidió que la familia completa volvería a Mauritania. Allí empezó otro de sus infiernos. El padre de sus hijos quería que Fátima se alejara de ellos y, al llegar a su país, pidió a su hermana que se encargara de los niños. «Soy lesbiana, pero también madre», dice Fátima antes de empezar a relatar la violencia que ejerció contra ella su cuñada. «No podía hacer ni decir nada. Todo era lo que ella decía, pero yo no quería dejar solos a mis hijos».

Fátima llegó en 2005 a Dubai y, tres meses después, estaba embarazada de su primer hijo

En 2018, tomó una decisión. Sus hijos habían crecido lo suficiente, a pesar de que seguían siendo unos críos, como

para que ella pudiera tratar de huir. En este punto del relato, se quiebra, se quiebra, se quiebra. Bailan algunas fechas que no es capaz de concretar con exactitud y rompe su relato cronológico para pedir ayuda: «Necesito ver a mis hijos, vivir en libertad, en paz, no quiero nada más». Fátima, al igual que su amiga Bertha, con la que acude a clases de castellano, son solicitantes de protección internacional. Bertha, porque es una mujer trans y Fátima, porque es lesbiana. Debe acreditar su condición como tal para regularizar su situación. En la actualidad, forma parte de un programa de una organización que le ha facilitado una vivienda. Está agradecida —insiste en ello en varios momentos de la entrevista—, pero la situación que vive con sus compañeras de piso es insostenible. Ninguna de ellas acepta el lesbianismo de Fátima y, una vez más, vuelve a sentir la crudeza de la lesbofobia. Ahora, lejos de su casa, de sus hijos, en ese territorio soñado que nunca es la panacea.

Asesorada por su hermana, Fátima volvió a Marruecos tras ¿decidir? dejar a sus hijos en Mauritania con su tía

Asesorada por su hermana, Fátima volvió a Marruecos tras ¿decidir? dejar a sus hijos en Mauritania con su tía. Desde allí consiguió un contrato de trabajo en los invernaderos de Huelva, recogiendo fresas y fram-buesas. Les había prometido a sus criaturas encontrar un trabajo antes

de volver a buscarles. Llegó al Estado español soñando un futuro que sigue sin llegar y, ahora, llora desesperada las pocas veces que puede hablar con ellos por teléfono. En Huelva, a pesar de que parecía que no podría haber nada peor que las condiciones de explotación que vivió en los invernaderos, Fátima se encontró ante un nuevo infierno.

Una mujer, de nacionalidad española, la convenció de viajar con ella a Girona para trabajar. Fátima se dio cuenta pronto de que era una trampa y asegura que aquella mujer formaba parte de una familia que se dedicaba a la explotación sexual y de mujeres. Gastó en el viaje todo lo que había ganado. Aquella mujer, que parecía tan amable, la llevó a una casa aislada de la que no podía salir voluntariamente y donde apenas podía mantener contacto con nadie del exterior. Su hermana, desde Argentina, la ayudó a contactar con una organización que trabaja con personas migradas y refugiadas. No quiere contar nada más de esos meses en Girona: «Ahora estoy mucho mejor aquí», dice sin querer concretar tampoco cuándo ni cómo llegó a Vitoria-Gasteiz.

Preguntamos por sus formas de resistencia y contesta sin dudar: «He pensado en matarme muchas veces, pero no lo he hecho nunca». No lo ha hecho, dice, porque quiere hablar con sus hijos. Quiere volver a verles, contarles quién y cómo es su madre. Pelea por mantenerse con vida porque Fátima apuesta por la libertad. «No quiero vivir en ninguna cárcel ni quiero que vivan en la cárcel mis hijos», dice.

«He pensado en matarme muchas veces, pero no lo he hecho nunca»

Buscamos algún hueco para el amor y Fátima me cuenta, entre risas, que conoció a una mujer muy guapa por Tinder y que tuvo una historia también con una compañera del programa de protección internacional del que forma parte. «No puedo decir más», dice. Está acostumbrada a no poder decir nada y vuelve a llorar: «Es que estoy muy cansada».

60

RESPIRADEROS

Historias de resistencia LGTBI en Vitoria-Gasteiz

NAIA Y LA VOLUNTAD DE RECONOCER SU SUERTE

El arrojo, el optimismo y la paciencia caracterizan a Naia. Habla con cuidado de su experiencia. No quiere que su vivencia como mujer trans sirva de ejemplo para nadie porque hoy sabe que hay tantas realidades trans como personas que toman la decisión de transitar. Ella se refugia en su gente, la elige con cuidado, la cuida y responde con paciencia a sus preguntas.

Naia descuelga el teléfono en Madrid. Hace poquito que se ha mudado allí y está contenta. Nació en Vitoria-Gasteiz, pero ha vivido también en Miranda de Ebro y en Barcelona. Tiene 30 años. Es una mujer trans y, aunque narra situaciones de evidente transfobia, insiste en reconocer también

que, a veces, ha tenido suerte. La suerte, en su caso, parece más una voluntad que un hecho. Es una tía directa, clara; no tiene pelos en la lengua. Reivindica su feminidad no normativa, su manera de entenderse mujer en un mundo binario que no reconoce las múltiples maneras que caben de serlo.

«Mi vida tiene tela», dice. Naia y sus hermanos fueron acogidos por una familia de testigos de Jehová. Su madre y su padre de acogida no se tomaron bien que saliera del armario cuando se identificaba como hombre gay y asumieron mucho peor que se declarase como mujer trans después. «Son muy radicales. Creen que es una enfermedad, que es una etapa. Son muy biologicistas. Intentan rebatir lo que eres porque, según su criterio, Dios me creó chico y ya está». La convivencia siempre fue difícil y su transición complicó aún más una relación llena de altibajos. Después de ser acogida por esta familia, Naia volvió a experimentar el abandono durante un tiempo. Las dificultades de la convivencia, probablemente inherentes a la adolescencia, provocaron que sus padres la mandaran de vuelta a un centro de acogida con 13 años. Volvió a casa un tiempo después, pero la relación estaba tocada. Ahora no mantiene apenas relación con sus hermanos biológicos ni con la pareja que les acogió.

La única persona que apoyó a Naia es su abuela que, a pesar del discurso LGTBfóbico que atraviesa su religión, no quiso perder a su nieta. Tiene 93 años y corrige a todas las personas que se atreven a hablar de su nieta en masculino: «Ella es muy matriarcal y eso ayuda. Se quedó viuda muy joven, tuvo dos hijos y una hija. Siempre ha sido la jefa de la casa. Todo lo hace en favor de las mujeres porque lo ha

pasado mal». Tienen una relación muy buena y Naia se emociona con sus pequeños gestos: «Se preocupa por intentar cambiar su vocabulario, pero yo le digo que no se flagele. Después de treinta años, a veces se le escapa mi antiguo nombre». Fue ella quien anunció a los padres de acogida de Naia cómo tenían que llamarla a partir de ese momento: «Ahora se llama Naia y si no os gusta, pues nada», debió de decirles.

Naia dice que ella ha nacido para dar por culo. Luego, matiza: «Para dar conciencia a los demás». En cualquier caso, para activar las conciencias de su entorno, un entorno que ha elegido con cuidado porque se declara un pelín antisocial. «He tenido suerte», repite. Cree que en lo laboral, también. Ahora trabaja en un supermercado y sí que recuerda cierto runrún cuando empezó su transición, pero lo abordó con la claridad que le caracteriza. Convocó una reunión y les explicó cuál era la nueva situación porque no quería estar explicándosela persona a persona. Sus compañeras y compañeros tuvieron la oportunidad de preguntarle lo que quisieron y, a partir de entonces, se ha sentido apoyada. En una ocasión sufrió una agresión verbal, que comunicó a la dirección de su centro de trabajo. Decidió no denunciar, pero su jefa insistió en que los hechos eran denunciables. La que era la encargada entonces es lesbiana y cree que eso pudo ayudar. Las redes de solidaridad funcionan siempre.

Naia ha procurado rodearse de personas LGTB porque «en los entornos heteros viven otra realidad diferente»

Naia ha procurado rodearse de personas LGTB porque «en los entornos heteros viven otra realidad diferente. Hay

mucha ignorancia respecto al colectivo y, especialmente, respecto a las personas trans. Les cuesta entenderlo». La realidad ha cambiado mucho en los últimos años y Naia lo celebra, pero cree que quizá hay una sobrerrepresentación de las infancias trans frente a otras etapas de la vida. «Me alegro mucho por los niños, las niñas y las niñes», matiza. Desde luego, ella no lo tuvo tan fácil. Acudió a un servicio público de Vitoria-Gasteiz para que le echasen una mano porque, entonces, no sabía por dónde le daba el aire. Le dijeron: «Vete buscando un nombre» y llegó Naia. No tiene problemas para recordar su *dead name*, concepto que utilizan las personas trans para referirse al nombre que les asignaron al nacer, pero es cosa del pasado. Un pasado que no reivindica ni lamenta.

Las transiciones siempre son procesos complejos. «Es un poco brusco físicamente, pero psicológicamente lo llevé muy bien. Los cambios en el cuerpo son muy fuertes. Es como vivir una segunda adolescencia». Naia no tuvo claro al principio si quería hormonarse, pero sí quería someterse a la reasignación genital. En la Comunidad Autónoma Vasca solo hay una Unidad de Género, en el Hospital de Cruces. «No sabía cómo empezar. Lo tenía claro, pero tenía miedo al rechazo. Pensaba que si empezaba todo esto, mi entorno iba a cambiar, la sociedad iba a cambiar conmigo, el trabajo... No sabía si quería salir del armario». No sabía si quería hacerlo ni cómo, claro.

Los protocolos exigen un proceso de «cambio social» antes de empezar con la hormonación, una manera de ponerte a prueba. Consiste en empezar a socializar según los criterios de género deseado. «No empiezas directamente con las hormonas, sino que te piden que vayas diciendo que

ya no eres Javi, por ejemplo. Es un cambio muy difícil porque seguía con barba, pero presentándome como Naia. A la gente le explotaba la cabeza». El optimismo alcanza a Naia cada dos o tres frases: «Tengo la ventaja de no ser una persona muy musculosa ni masculina, he tenido suerte porque he podido avanzar, entre comillas, rápido». Duda ante las críticas, pero no esconde las dificultades a las que se ha enfrentado: «No es por criticar a nadie, pero el psiquiatra me llegó a preguntar si estaba segura, porque iba a acabar en drogas y en prostitución».

—Mira, disculpe señor, pero si acabo ahí es mi problema, no el suyo. Si me da el ok, bien, pero voy a seguir adelante con todas las de la ley.

Tiene arrojo y parece tan fuerte como pragmática: «La clave es buscar gente que te apoye. Si no tienes suerte y tu gente te rechaza, hay que seguir buscando». Ella ha encontrado un entorno de seguridad en Sestao, una localidad vizcaína a casi 90 kilómetros de Vitoria-Gasteiz. Es un pueblo industrial, que arrastra estigma e historia de lucha obrera. En Sestao se *guerrea* también contra la transfobia y ahí ha encontrado Naia su espacio de activismo, en el colectivo Iris. Ahora, desde Madrid, sigue participando online en todo lo que puede, algo que está muy de moda debido a las restricciones de movilidad derivadas de la pandemia de la Covid-19. Durante el confinamiento organizaron un cinefórum que funcionó muy bien. Pasaron varias películas, de diferentes años y temáticas, siempre protagonizadas por alguna persona LGTB. Después, todas compartían sus impresiones y comentaban si se habían sentido identificadas o no con lo que habían visto. Se reúnen cada dos domingos y, ahora mismo, están activas siete u ocho personas, aunque tienen cerca a otras mu-

chas que colaboran de manera puntual con el colectivo. Conoce a personas trans en Vitoria-Gasteiz, pero ha sido en Sestao donde ha encontrado su huequito.

El activismo de las personas trans va por el buen camino pero, a pesar de su optimismo, Naia reconoce también que queda mucho por recorrer

Naia sabe que el activismo de las personas trans va por el buen camino —«Estamos en ello», dice— pero, a pesar de su optimismo, reconoce que queda mucho por recorrer: «Es un tema bastante delicado, no nos engañemos. Falta mucha información y faltan referentes». Naia se ha enganchado —como tantas— a *La*

Veneno, la serie sobre Cristina Ortiz Rodríguez, producida por Javier Calvo y Javier Ambrossi: «Yo no estoy en contra de *La Veneno*, pero recoge esa idea de mujeres trans superempoderadas, vinculadas a la prostitución y a las drogas. No todas nos ponemos tetas y morro grandes. La serie ha ayudado, pero la gente parece estar todavía con esa idea de las mujeres trans de los ochenta». Naia insiste en que ella no es la típica mujer trans que espera la gente. «Me tomo mis pastillas, pero no me maquillo siempre ni me pongo los vestidos que esperan. Me maquillo, claro, cuando me apetece y a mí me han llegado a preguntar por qué no lo hacía más». Las mujeres trans para tener *passing* [concepto anglosajón que se utiliza para valorar cuánto se le nota su condición de trans a una persona] parecen obligadas a convertirse en el estereotipo más clásico de la mujer.

A Naia le gusta Elsa Ruiz, una mujer trans humorista. Antes de empezar su transición, Naia seguía por la red a muchos chicos trans: Ethan, por ejemplo, un chaval de Barcelona que, según su perspectiva, responde perfectamente al este-

reotipo de hombre que espera la sociedad. Por eso, Naia prefiere a Elsa Ruiz: «No se hormona ni se va a operar nunca». La humorista ha sido atacada insistentemente por parte de un sector del movimiento feminista que no considera como mujeres a las mujeres trans: «Tiene mucha tela. Me están excluyendo, me siento excluida. Dicen que como hemos nacido con pene no somos mujeres y, como no somos mujeres, no podemos estar en la misma lucha con ellas».

Naia tiene claro que su activismo y su resistencia pasan por la divulgación: «Apuesto por concienciar a toda la sociedad sobre la realidad trans. Todavía hay mucha mentalidad errónea sobre nosotres», dice. La gente todavía tiene muchas preguntas y Naia está dispuesta a responderlas.

«Me parece importante que la gente nos entienda, reducir la discriminación y aumentar los apoyos al colectivo»

—¿No te cansas?

—No, porque me parece guay que la gente se interese realmente por lo que pasamos. Me parece importante que nos entiendan, reducir la discriminación y aumentar los apoyos al colectivo.



SOMOS ANITZA

Esta cuadrilla de adolescentes es una familia, es un refugio, es un salvavidas contra la LGTBfobia, el racismo, el capacitismo, el adultismo, la gordofobia. Sus integrantes resisten cada día al bullying, al maltrato familiar, al abuso de poder de educadores y de psiquiatras, al sufrimiento psíquico provocado por tanta violencia. Hablan mucho sobre sus identidades y sobre las opresiones múltiples que les atraviesan. Otras veces no hablan, basta con estar juntas.

En esta cuadrilla lo raro, lo exótico, lo excéntrico, es ser heterosexual, cisgénero, autóctone y blanque. «Somos un grupo seguro. Seas como seas, hagas lo que hagas, aquí te sientes bien y te sientes normal», explica orgullosa Lorea. No son como una familia; son familia. En este grupo de amistades cultivan la aceptación, el apoyo mutuo, el amor incondicional que la mayoría no encuentra en sus familias biológicas. Hablan de madres que cuestionan su identidad,

que les castigan, que les aislan, que les maltratan. Los padres están ausentes en sus relatos.

La cuadrilla es una burbuja en la que respiran y se relajan, porque afuera tienen que estar constantemente justificando su existencia, haciendo pedagogía, lidiando con miradas inquisidoras y comentarios no deseados.

Qué pereza. Qué cansancio. Qué angustia.

En esta conversación en la Casa de las Mujeres, Lesbianas y Trans de Vitoria-Gasteiz, iban a participar cinco jóvenes pero han venido tres. Les otros dos sintieron mucha ansiedad. El sufrimiento psíquico está muy presente en la vida de la mayoría de integrantes del grupo. Tienen entre 18 y 20 años y conviven con la ansiedad, con la depresión, con los intentos de suicidio. En su salud mental y emocional hacen mella la LGTBfobia, el racismo, el capacitismo, el adultismo, la gordofobia. Hacen mella las violencias de diferentes intensidades que enfrentan en sus familias, en el instituto, en el trabajo, en las calles.

Cuando se les pregunta sobre sus estrategias de supervivencia, la única receta que citan una y otra vez es el grupo. Es su salvavidas. «La sociedad nos hace sentir tan invisibles que el simple hecho de saber que hay alguien como yo a mi lado es más que suficiente. Porque a alguien que se acaba de intentar suicidiar, ¿qué le vas a decir? ¿No te mates? No hace falta hablar, basta con estar», cuenta André.

Este grupo practica un activismo cotidiano, de supervivencia, de resistencia. Existir ya es una forma de activismo. Y hablar mucho, debatir mucho, compartir aprendizajes para

entenderse mejor, para dar forma a su identidad, que está en construcción constante, como ocurre siempre en la adolescencia pero más cuando lo que eres, lo que sientes o lo que deseas no coincide con los dictados de la sociedad. ¿Referentes? Apenas citan de pasada a alguna actriz (Ruby Rose), cantante (Hayley Kiyoko), *influencer* (Conan Gray) o performer (Urias). El grupo es donde encuentran más espejos en los que mirarse. La mayoría exploraron primero su orientación sexual, en un momento social en el que la bisexualidad es incluso popular entre adolescentes, y después fueron dando forma a su identidad de género, descubriendo los distintos matices del espectro trans, así como el potencial de nombrarse bollera o marica como posición política.

Los unicornios existen

«Primero tendremos que presentarnos y decir nuestros pronombres y esas cosas, ¿no?», sugiere Yandere. Tiene la piel clara, los ojos azules, el pelo corto teñido de rojo. Viste ropa deportiva, lleva *piercing* en la nariz, las uñas cortas pintadas de azul y pulseras arcoiris. Arranca: «Soy una persona no binaria y mis pronombres son él y *ella*, variando entre él y *ella*. También me defino como bollera porque me gustan las mujeres y como maricón porque tengo mucha pluma marica». Tiene 19 años y lleva dos años viviendo en pisos tutelados por haber sufrido violencia intrafamiliar. Yandere, aclara después, no es su nombre de nacimiento sino su nombre elegido, que es japonés. Condensa su significado entre risas: «¡Es algo así como psicópata de amor!» En su DNI también pone Yandere, porque un educador le ayudó a modificar la mención registral del nombre. En la casilla del sexo, en cambio, sigue poniendo M porque para rectificar

ese dato tendría que pasar por el rígido protocolo binario que impone la ley conocida como de Identidad Trans, y porque la única alternativa sería poner una H con la que tampoco se identifica. «¿Qué voy a poner? ¿Tío o tía? Ni lo uno ni otro. ¡Soy un unicornio!»

Sigue André. «Soy agénero y me defino como androsexual. Eso significa que me gustan los hombres sin tener que definir cuál es mi género. Si digo esto, nadie me entiende, así que normalmente digo que soy gay», aclara. André es mestiza, de origen brasileño y tiene 20 años. Luce melena rizada, ropa negra ajustada, pendientes de aro grandes y brillantes y un espectacular maquillaje de ojos, verde y dorado. También alterna el uso de los pronombres masculinos y femeninos. «Ser no binarie es el paraguas, y dentro de ese paraguas hay personas que se definen como agénero y otras que se definen como bigénero o género fluido. Las personas no binarias estamos completamente invisibilizadas, no existimos. Es comprensible que la gente tarde en entenderlo, porque les estamos descubriendo algo nuevo. Es como decir que los unicornios existen», explica.

«Yo soy una mujer lesbiana», dice Lorea, y se ríe porque su definición identitaria no exige más explicaciones. Su estética también es la más discreta, sudadera y vaqueros, salvo por un rompedor collar de cuero con anilla. Ella también es mestiza, su padre es del norte de Europa y su madre de un país de África central. La forma de racismo cotidiano que más identifica es el exceso de confianza con el que la gente toca, sin permiso, su pelo afro, «como a un mono de feria». En casa no aceptan su orientación sexual, dicen que es muy joven para saber lo que quiere. En clase no ha sufrido discriminación por lesbofobia ni por racismo, pero sí por gordofobia.

Pertenecen a una generación abocada a hacer pedagogía incluso dentro de un colectivo LGTB que en su mayoría no conoce o reconoce las identidades no binarias. «Incluso muchos de mis amigos trans me intentan binarizar, me dicen que si me estoy hormonando soy un chico», cuenta Yandere. Además, las integrantes racializadas tampoco se sienten seguras en los espacios de mayoría blanca, como por ejemplo en los bares de ambiente. «Las fiestas Pollo Party son las únicas en las que me puedo sentir cómodo por ser gay, no binarie y racializada», dice André. Cuenta que este año le invitaron a organizar el Orgullo LGTB, pero que en ese entorno activista tampoco se sintió a gusto. «Ah, ¿pero hubo Orgullo?», pregunta Lorea. No se enteró porque este año los carteles estaban solo en euskera, algo que suscitó las críticas de activistas LGTB racializadas.

En casi dos horas de conversación, no pronuncian ni una sola vez la palabra interseccionalidad, pero encarnan esa teoría y práctica política que invita a reconocer que las distintas fuentes estructurales de desigualdad (género, clase, raza...) están interrelacionadas. André es un ejemplo claro: cuando la gente desconocida la escruta con la mirada como si le estuvieran haciendo una radiografía, es porque desafía al mismo tiempo las normatividades raciales y de género: «Noto que empiezan mirando mi pelo afro, luego bajan, se fijan en el maquillaje, luego en cómo voy vestido», recrea.

Pertenecen a una generación abocada a hacer pedagogía sobre identidades no binarias incluso dentro del colectivo LGTB

Lance, una de las personas que no ha podido venir, es trans no binarie de origen latinoamericano, pero la opresión que

más le pesa es el capacitismo. «No se fijan en qué es ni en quién le gusta, sino en que no puede andar. Se niega la sexualidad de la gente con diversidad sexual», explica Lorea. «Ni siquiera le ven como a una persona. En clase también se metían mucho con él y nuestro grupo fue una tabla de salvación», añade Yandere. Lance es quien más sabe de identidades de género y quien hace más activismo en sus redes sociales, pero su capacidad intelectual y política es negada por la mirada capacitista que le ve «como si fuera un bebé», apunta André. Pasó varios años con la angustia de que nunca iba a conseguir pareja... ¡y ahora practica el poliamor! Mantiene dos relaciones a distancia con chicas que conoció por las redes sociales.

Las redes han cambiado la vida de las personas LGTBI: ya nadie se siente única en el mundo. Uno de los mejores amigos de Yandere es un chico trans que vive en un pueblo rural de Galicia. Se conocieron por internet. «La primera persona trans que conoció fui yo, luego le presenté a gente de Vitoria-Gasteiz y ahora son su familia», cuenta.

La familia

En el centro de Vitoria-Gasteiz, un grupo de adolescentes baila en círculo K-Pop. El espectáculo improvisado atrae a la gente y hay quien les echa unas monedas. André está terminando Bachillerato, su madre le ha echado de casa y se encuentra fatal. Unas amigas del instituto le animan a dar una vuelta, topan con el grupo que baila pop coreano y se unen a la fiesta. «Yo estaba acostumbrado a entornos muy *mainstream* y ellos son muy *underground*. ¡Hacen cosas bastante raras! Se me acercó Lorea, nos conocíamos de

vista del cole y empezamos a hablar». Yandere y Lorea se conocieron en una charla sobre lesbianismo.

Son tres de las cinco o seis personas que conforman el núcleo del grupo, que incluye una veintena de colegas más satélite. Bromean con que son tanta gente que podrían conformar una clase. «Lo que nos une mucho son los problemas familiares», dice Yandere. Él tiene muchas familias: la biológica (madre, padre, hermana), la del piso tutelado en el que vive y la cuadrilla. Ser personas LGTB es un elemento más de tensión en la relación con unas madres que caracterizan como controladoras, sobreprotectoras o maltratadoras, según el caso.

En la relación de Yandere con su madre no ayuda que le diga cosas como que con la hormonación la cara se le está poniendo más fea y que la testosterona le provocará enfermedades. Reprueba que su progenitora va de liberal pero luego expresa todo el rato opiniones y actitudes de LGTBfobia: «Ve una pareja de gais y le parece superbien, hasta lo fetichiza. Una pareja de mujeres lo ve mal, le parece basto». Su hermana es más abierta, aceptó primero que fuera bollera, y después que sea trans no binarie, aunque le preocupa la discriminación que sufre y que a veces ella también comete. Por ejemplo, ahora que está embarazada, le ha dicho: «Con la voz que te está quedando por las hormonas, ya no vas a ser tía, serás tío». «No, seré tía y tío, las dos cosas», le respondió Yandere. Aunque le desgastan ese tipo de patinazos, valora su actitud: «Ella me ve, para mí eso es mucho».

A André le pasa algo parecido con su madre, con la que se reconcilió. Cuenta que de cara al público es muy *gay-*

friendly, pero a la primera de turno, suelta algún comentario homófobo. Entonces, André la corrige y ella se excusa: «Tienes que tener paciencia conmigo». No le entra en la cabeza que su hijo también es su hija, que no es un hombre gay ni una mujer trans, porque su vivencia del género escapa del estrecho marco binario. André entiende que ella tuvo otra educación, pero se pregunta durante cuántos años tiene que ser él quien se esfuerce en hacer pedagogía.

Un día se arregló, se miró al espejo y le dijo a su madre: «¿Estoy guapa?» Y ella le corrigió: «No, eres guapo». Discutieron y André zanjó: «La boca es mía, el cuerpo es mío, me arreglo como quiero, y si yo digo que soy guapa, tú no eres nadie para corregirme. Dentro de una hora diré que soy guapo, porque soy lo que me da la gana». Desde entonces, su madre ha empezado a nombrarla a veces en femenino y, sobre todo, ya no le corrige.

Lorea es una de las integrantes con una situación familiar más asfixiante: «Vivo con mi madre y mi tía pero como si no, estamos muy separadas ahora mismo». No le dejan salir de fiesta ni invitar a amigas ni a amigos a casa. Para su madre, la diversidad sexual y de género «es algo que inventan los blancos para llamar la atención». Sin embargo, le preocupa que su experiencia personal alimente los estereotipos racistas. «A la gente blanca no le entra en su cabeza cerrada que las personas no blancas podemos ser gais, lesbianas o trans», señala. André coincide con esa crítica: «No entienden cómo funcionan nuestras culturas, piensan que son retrógradas. No saben que en Brasil, por ejemplo, hay muchas más facilidades que aquí para los trámites de transición de género».

A Yandere, su paso por pisos tutelados también le ha servido para revisar esos prejuicios. Da una charla sobre identidades trans no binarias a cada nueva persona que llega a su piso, ya sea adolescente o trabajadora. «¡Doy la chapa a todo el mundo!», ríe. Y lo cierto es que ha encontrado más resistencias en los educadores blancos que en chavales inmigrantes y gitanos que, de entrada, expresaron LGTBfobia pero finalmente cambiaron su actitud. «Los ataques más duros que he sufrido han sido por parte de una persona tutelada autóctona y de los educadores». Por ejemplo, en el primer piso en el que estuvo, algunas educadoras no le dejaban elegir baño, le gritaban si entraba al de chicos, y también le obligaban a ir con las chicas en las actividades segregadas por sexo.

Úrsula, otra integrante del grupo que no se ha sentido con fuerzas de venir a la entrevista, está sufriendo tal violencia familiar tráfobica que ha desarrollado episodios de despersonalización, en los que experimenta una desconexión de su cuerpo, se observa desde fuera sin reconocerse. «Quedé con él y con otra amiga y dijo: '¿Dónde estoy? ¿Quién soy?' Le enseñamos una foto, se señaló y dijo: 'Huy, me suena esa persona'. Se me rompió el corazón», cuenta Yandere, y se le eriza el vello de los brazos. Cuando salió del armario como persona de género fluido, su madre y su padre se negaron a aceptarlo: «Hemos adoptado a una hija, no a un hijo». «Le meten mucha mierda, le hacen mucho chantaje emocional, le psiquiatrizan, le dan pastillas y le han ingresado en psiquiátricos», cuenta Lorea afligida. Ella, que conoce de primera mano la violencia familiar, tiene claro que la salud mental de Úrsula ha empeorado drásticamente debido a la «situación cabrona» que tiene en casa.

Úrsula necesita ayuda y se sienten impotentes de no poder ofrecerle un hogar. Yandere y Lorea, porque también son víctimas de violencia familiar. André, porque su realidad es precaria. «Quiere irse de casa pero su familia son gente blanca con dinero y la mayoría que tenemos casa para acogerle... ¡somos gente no blanca sin dinero!», ironiza.

¿Chico o chica?

«El protocolo trans es una mierda», sentencia Yandere. Otra figura de autoridad que ha abusado de su poder es la psiquiatra a la que fue durante casi un año, como primer paso obligado para el tratamiento de hormonación que deseaba para lograr una apariencia andrógina. «Me llamó chico-chica de una forma muy despectiva. Yo me hincaba las uñas, me hacía marcas en las manos para no contestarle a sus preguntas ofensivas. Decía que yo me creía chico porque mi madre me había maltratado y que era mi forma de intentar alejarme de esa figura. ¡¿Cómo te puede decir eso alguien en 2019?!»

El diagnóstico de disforia de género que exige la ley es una forma de violencia en sí misma, porque es el poder médico el que decide si la historia de cada persona transexual encaja en una única narrativa: la idea de haber nacido en un cuerpo equivocado y querer modificarlo. Yandere tiene claro que la disforia (el malestar hacia los rasgos del cuerpo que se relacionan con el género asignado) es consecuencia directa de la transfobia. Es decir, que en un mundo sin transfobia, no sentiría la necesidad de operarse el pecho y tal vez ni se estaría hormonando. Pero le da rabia cuando las personas cisgénero 'progres' animan a las personas

trans a que se acepten como son y no se operen. «Cuando salgo a la calle y se me marcan los pechos, la gente me habla en femenino, '¡Se te ha caído el móvil, chica!'», ilustra.

André y Yandere sufren tanto la transfobia como la incomprensión hacia las personas no binarias. En el espacio público, son las niñas y los niños quienes más se atreven a preguntarles si son chico o chica. «Ni lo uno ni lo otro, pero puedes hablarme como tú quieras», contesta André. «Soy las dos cosas», dice Yandere. A peques y mayores les intriga saber qué tienen entre las piernas. «¡Es hasta gracioso!», dice Yandere. Pero deja de ser gracioso cuando se convierte en burla. «En mi piso hay un chico blanco, heterosexual, cisgénero, que repite todo el rato: 'Soy un helicóptero apache, respeta mis pronombres'».

Respecto a su vida amorosa, coinciden en preferir relacionarse con personas bisexuales y/o no binarias, porque son quienes más les entienden y menos cuestionan sus tránsitos. Yandere siente que las chicas le usan de «juguete de experimentación». Una chica con la que salió le dijo: «Voy a guardar todos los audios que tenga con tu voz porque cuando te cambie no lo voy a aceptar». Y su anterior novia nunca le trató en masculino. Por su parte, André cuenta que para los hombres heterosexuales no cuenta como chico ni como chica: «Soy como un *bonus*. Están conmigo porque saben y tienen en cuenta lo que soy». Y sin embargo, también pasa malos tragos, como cuando su novio corrigió a un amigo que se refirió a ella en femenino: «Sé que es sensible y que fue un desliz, pero sentí que me ve solo como un chico», cuenta.

Esta cuadrilla celebra avances como que en la Casa de las Mujeres, en las encuestas de valoración de las actividades,

se dé la opción de marcar género no binario. También miran a Alemania, donde se ha reconocido la posibilidad de inscribir a bebés como no binarios, aunque la ley obliga a que después se defina su género en clave binaria. «Yo creo que nos moriremos sin que haya una tercer casilla en el DNI», lamenta Yandere. A Lorea se le ocurre una solución creativa: «Más que una tercera casilla, ¿por qué no una casilla en blanco en la que tú pongas lo que quieras?»

La ciudad

Julio de 2020. Barrio de Sansomendi. Un individuo golpea a una mujer trans racializada mientras le profiere insultos LGTBfóbicos y racistas.

Julio de 2019. Un juzgado de Vitoria-Gasteiz retira la tutela de su hijo a una familia que le golpeó y le insultó por homofobia. Yandere coincidió con él en el piso tutelado.

La cuadrilla recuerda estas noticias. ¿Es Vitoria-Gasteiz una ciudad hostil para la diversidad? «Todos los entornos son hostiles, pero dentro de lo que cabe, Vitoria está muy bien. No es como Madrid, por ejemplo», responden. Las violencias físicas, directas, son la excepción; las microviolencias cotidianas son la norma.

«A mí me agredieron en la calle. ¿Lo cuento?», dice Yandere.

Estaba con un par de amigos en una recta saliendo del *fumatoki* del instituto. Se alejó para hacer una llamada con altavoz a una amiga y unos chavales la siguieron. «Oye, ¿te quieres liar con mi amigo? ¿Oye, te quieres liar conmigo?».

Le arrinconaron contra una pared. Aprovechó que es bajito y se coló por debajo de sus brazos. Dijo para que le dejasen en paz: «Soy bollera». Y le empezaron a agobiar más: «¡Bollera! ¿Por qué no pruebas?» Avisó a la cuadrilla. André salió disparado, pero estaba en la otra punta del barrio. «Yo soy muy de hacer como que no pasa nada. André me dio una charla, me dijo que este tipo de cosas nos pasan por ser quienes somos», agradece.

André deja de sentirse segura en cuanto sale del rellano de su casa. Cuando va por la calle, la gente la mira «como si fuera una marciana, o como si fuera una obra de arte». «¡Lo eres!», responden al unísono, divertidas, sus amigas. Desdramatizar el estrés de minorías es una de sus estrategias de supervivencia.

El refugio de Susu

Yandere: «Yo a Susu la llamo mami. Es nuestro entorno seguro. Llevo cuatro años yendo a su casa. Se nota que nos quiere. Por las conversaciones que tiene con nosotras, por cómo nos apoya, cómo nos mira, cómo nos trata».

Lorea: «Cuando la conoces te choca, porque estás acostumbrada a padres y madres que esperan que seas correcta, un angelito, que saques buenas notas. Susu es de lo más liberal, podría ser mi colega».

André: «Yo estuve quince días viviendo en su casa cuando me echaron de la mía. También había acogido a una feminista negra y lesbiana. Estuvimos compartiendo habitación esas dos semanas».

Lorea: «Ha sido una figura muy importante, ha estado muy presente en mi adolescencia, en mi desarrollo. He tenido esa suerte de conocer otras realidades, otras miradas, con ella. Yo estaba muy perdida».

Yandere: «Si alguna vez me hace falta, la primera casa a la que acudiría no sería la de mi madre o mi hermana, sino la de Susu».

Lorea: «Yo quisiera pero no podría, porque mi madre montaría un pollo y llamaría a la policía. No quiero que Susu tenga problemas por mi culpa».

Susu es la madre de Lance. Es con la que han aprendido sobre feminismo y anarquismo. Es con la que han descubierto que hay alternativas a la familia nuclear. Y que hay adultas que, por más que hayan recibido «otra educación», tienen la mirada limpia y abierta para entenderte, para verte.

Ella es la artífice de algunos de los momentos más felices que ha vivido esta cuadrilla acostumbrada al *bullying*, al rechazo familiar, al miedo.

Yandere: «Fuimos a un Wok por Navidades. Todes juntas en torno a una pedazo de mesa. Ese fue un entorno seguro. La casa de Susu es un entorno seguro».

Lorea: «¡Necesitamos más casas!»

André: «¡Una lonja!»

No conocieron el espacio autogestionado de la disidencia sexual y de género Súkubo, pero les brillan los ojos al conocer que existió algo así en Vitoria-Gasteiz hace no mucho.

Los sueños

En el confinamiento, lo que más hicieron fue lo que tantos y tantas adolescentes: jugar a videojuegos. Por vicio, por aburrimiento o por evadirse de una realidad claustrofóbica. «Yo ya estaba rondando la muerte. El confinamiento no me ha hecho ningún bien», dice Lorea con la mirada baja.

Entre historias de discriminación, de incompreensión y de violencia, la conversación fluye liviana, aunque crítica para la treintañera que les entrevista. Mencionan a menudo LOL, el videojuego en línea League of Legends. Hacen referencias a la cultura *otaku*. Hablan de música y en eso también son diversas. A Lorea le gustan las coreanas Mamamoo. Yandere recomienda a las raperas feministas IRA y Tribade. A André le encanta pe-rrear. En su grupo también hay aficionadas al jazz, al rock y al heavy metal.

Irse a vivir juntas sería un sueño, pero la discriminación laboral hacia las personas trans y racializadas no ayuda al deseo de emanciparse

Terminamos hablando de su futuro. Irse a vivir juntas sería un sueño. Pero saben que la discriminación laboral que sufren las personas trans no ayuda al deseo de emanciparse. André cuenta que tardó un año y medio en encontrar su

trabajo de dependiente en una zapatería. Le gustaría encontrar un empleo mejor, pero no se anima a echar currículos porque sabe que en tiempos de pandemia es todavía más difícil que alguien dé una oportunidad laboral a una joven trans, latina, mestiza y sin experiencia profesional. Al menos, su jefa y sus compañeros de trabajo respetan bastante su expresión de género. «Los clientes ya no tanto. Como soy yo quien les va a vender algo que quieren, en ese momento me tienen que aceptar, pero mientras tanto me miran mal todo el rato. O igual no mal, pero con esa mirada que, si tuviera rayos equis, mostraría hasta mi último hueso».

Pero volvamos a los sueños.

Lorea está estudiando Bachillerato de Artes. Le gustaría ir al país africano del que proviene y crear ahí una serie de dibujos animados, porque la mayoría son producciones europeas.

Yandere está terminando la ESO. Se imagina volcado en el activismo y trabajando como educadora social. Tal vez en los pisos tutelados que tan bien conoce. O con personas drogodependientes, con personas con problemas mentales...

«¡Mejor di neurodiversas!», corrige André. Ella también se ve muy metida en el activismo. Quiere estudiar diseño de moda y abrir su propia línea de ropa. Pero no sería empresario, sino que fundaría una cooperativa que destinaría parte de los beneficios a asociaciones LGTB.

Un sueño compartido más inmediato es precisamente fundar una asociación. Lo habían decidido hace tiempo pero han tenido que esperar a ser mayores de edad. Ya están haciendo los trámites para registrar los estatutos.

Se llamará Asociación Juvenil Anitza.

«Recordadme qué significa *anitza*», pide Lorea.

«¡Diversa!»

Nota: Lorea y Úrsula son los nombres ficticios que han elegido para preservar su anonimato. En este texto se utiliza la 'e' como género neutro, porque es un recurso lingüístico inclusivo y porque en este grupo la utilizan tanto para referirse a personas no binarias como para hablar en plural.

